

Historia del Movimiento Obrero Argentino
una aproximación desde los trabajadores

-2-

Reorganización de nuestra fuerza y primera experiencia de gobierno



primera edición



central de trabajadores de la argentina

Reorganización de nuestra fuerza y primera experiencia de gobierno

primera edición



Este fascículo es la segunda entrega de la colección “Historia del Movimiento Obrero- una aproximación desde los trabajadores”, un intento de interpretación del proceso histórico que vivimos como clase tanto a nivel nacional como internacional, que forma parte del material didáctico de los cursos y talleres que nuestra central viene realizando desde hace ya 6 años.

Está compuesto de:

- Los textos de Víctor De Gennaro en base a la desgrabación de sus charlas.
- Testimonios, opiniones y citas de aquellos hombres y mujeres que fueron protagonistas del devenir histórico de los trabajadores y sus luchas cotidianas.
- Textos de documentos y programas de distintas instancias organizativas de nuestra clase a lo largo de la historia.
- Material fotográfico extraído del Archivo General de la Nación y de otras fuentes documentales.
- Una Línea de tiempo utilizable como material didáctico de fijación de los contenidos y para el aporte de los elementos históricos que las compañeras y compañeros lectores consideren valiosos.
- Un suplemento especial sobre *La Nación Argentina. Justa. Libre. Soberana.*, una monumental obra gráfica sobre la primera presidencia de Perón y su Plan de gobierno de cara a las elecciones de 1951.

Textos: Víctor De Gennaro.

Textos suplemento: Marcelo Paredes

Colaboración histórica y narrativa: Horacio González y Juan Carlos Giuliani.

Diseño, diagramación e investigación fotográfica: Fabián Piedras.

Corrección: Cora Rojo.

Es una publicación de CTA Ediciones
editorial@cta.org.ar

Presentación

La etapa que se inicia en 1922 es la más trascendente para entender, desentrañar, analizar y gozar en todas las formas; pero es también, el período en el cual empezamos a tener vivencias directas, o a estar influidos por quienes las tuvieron.

Durante la primera etapa, que ubicamos entre el siglo XIX y 1922, vimos y analizamos cómo construíamos nuestra **autoconciencia como clase**. Definíamos un **proyecto de sociedad** a través del Manifiesto, lo olfateábamos con la Comuna de París, consolidábamos ese poder en el '17 con los *soviets*, y en nuestro país se iban construyendo esos dos brazos de resistencia popular diferentes: el movimiento político nacional y el de los trabajadores, mientras hacíamos el **primer intento de gobernar**, en el marco del aluvión de luchas sindicales y sociales. Y hacia 1922, esa primera intentona terminó con la brutal represión a la que fueron sometidos los trabajadores.

Comenzamos la nueva etapa después de haber sufrido en carne propia la represión del poder. Vuelvo a repetir una idea clave, que es dimensionar lo que significó en esa época el haber sufrido tanta persecución y muerte. Es necesario asumir que la historia la vivimos desde acá, es algo subjetivo, pero debemos tratar de pensarla en aquel contexto.

Entender que el número de asesinados entre los años 1919 y 1922 son en porcentaje a la población de aquel momento, similar al de los 30.000 desaparecidos con respecto a la población de 1976, es un dato contundente.

Todavía está en nuestras “tripas” lo que constituye la desaparición de 30.000 compañeros, de los

miles y miles de presos puestos a disposición del Poder Ejecutivo o detenidos-desaparecidos, de más de medio millón de trabajadores despedidos en el '76, y los exiliados determinándonos en nuestro accionar aún a más de treinta años de la implantación del terrorismo de Estado.

Lo que va a signar esta etapa es la constante presencia de ese “1919” y sus consecuencias, lo que se reflejará en cada una de las acciones y propuestas de los trabajadores que vamos a analizar.

Toda derrota implica una situación de retroceso. Si se está organizado, éste se podrá hacer de manera ordenada. Pero si retrocedemos sin mucho orden, lo primero que haremos es tratar de justificar el fracaso, y muy probablemente caeremos en una característica que tenemos los seres humanos, pero que también se traslada a nuestras organizaciones: echarle la culpa a los otros: “En realidad, perdimos porque los otros no se dieron cuenta que lo que había que hacer era lo que nosotros decíamos”; “si todos los demás hubieran comprendido, seguramente no hubiera pasado lo que pasó”.

Es imposible sustraerse de una etapa de discusiones, autocríticas explícitas o implícitas, de atomizaciones o fracturas, antes de poder reorganizarnos para encarar lo por venir.

Pero también es para los pueblos la posibilidad de volver a situar la historia donde quedó trunca y resolverla esta vez a favor de los intereses populares. De enfrentar nuestras limitaciones y poder crecer aprendiendo de nuestros errores y construyendo una nueva esperanza.

Y vamos a ver, que también tuvimos en nuestras manos la posibilidad y la responsabilidad de comenzar nuestra primera experiencia de gobierno.



Por eso, esta etapa que va de 1922 hasta 1955, es de **reorganización de nuestra fuerza y primera experiencia de gobierno**.

¿Qué respuestas nos dimos frente a la derrota?, ¿qué avances obtuvimos?, ¿cuáles fueron los niveles de vida y organización que alcanzamos?, ¿en qué medida consideramos que participamos en el gobierno surgido después del 45?, ¿fuimos arrastrados, seducidos o auténticos protagonistas?, ¿de qué tipo fueron las experiencias que como clase experimentamos o generamos?

Definiciones que ya nos tienen a nosotros como actores directos o influenciados por nuestros orígenes, pero nunca indiferentes o acrílicos, sino enfrascados hasta el tuétano con nuestras historias personales a cuestas y las pasiones que se han desatado a lo largo de nuestra vida.

Mi viejo tenía una familia muy numerosa, que se reunía varias veces al año, y siempre recuerdo la sentencia y el pedido: No se habla de política. Era tanta la precaución, pues había entre los hermanos y cuñados, peronistas, radicales, socialistas, comunistas, y si se hablaba, podía significar no sólo la amargura de la fiesta, sino la pelea trasladada a todas las actividades familiares del año. No había neutrales y las vivencias significaron hasta fracturas familiares.

Es así, a uno lo educaban de esa manera. Tenemos experiencias que nos marcaron, que no se pueden negar. La madurez no implica desconocer lo que uno porta, lo que uno ha mamado sino ser capaz de aprender de todo lo vivido. Y sobre todo, intentando verlo desde la óptica de la clase a la cual se pertenece, o se ha optado por pertenecer. Vale la pena sumergirnos en esta historia con toda la pasión, porque hasta aquí llegan los temblores y esperanzas de aquella ruptura del 17 de Octubre del 45.

COMIENZA LA REORGANIZACION

USA y COA

En este primer momento, se suceden los intentos de reorganizarnos desde las distintas ópticas que ya se preanunciaban en el movimiento obrero.

El XI Congreso de la FORA aprobaría su disolución y la fusión con los sindicatos de la corriente sindicalista y autónomos fundando la Unión

Sindical Argentina (USA), organización que surge en 1924 en el salón de la calle Rincón al 1141, con la presencia de delegados de 127 Sindicatos.

El debate acalorado acerca de la validez de las representaciones nos deja mucha tela para cortar.

- a) Se rechaza la inclusión del delegado comunista José F. Penelón por ser concejal de la Municipalidad de Buenos Aires.
- b) Se debate si se votaría por delegados presentes o por cotizantes ya que eso variaba la hegemonía del Congreso.
- c) Se rechaza también la credencial del representante de la Unión de Municipales, el diputado Pérez Leiros, lo que deriva en la retirada de toda la delegación del sindicato hasta la modificación de ese criterio, cosa que obviamente jamás ocurrió.

Pero más allá de estos debates, esa unidad comienza a expresarse en la huelga por salarios aprobada en el marco de 14 sesiones de mucha confrontación. Se declara autónoma a nivel de la afiliación internacional, aunque la mayoría de los delegados había optado por la Internacional Roja de reciente formación.

Luego del V Congreso de Fusión, las organizaciones que quedaron fuera de esas deliberaciones procedieron a constituir en el año 1926 la Confederación Obrera Argentina (COA).

La sede de La Fraternidad cobijaría las deliberaciones de la COA, que con alta incidencia socialista designaría en su consejo directivo a compañeros como Pérez Leiros, reconociendo todos los métodos de lucha, entre ellos el parlamentarismo.

Recordemos que en esa época el Partido Socialista ganaba las elecciones nacionales para diputados en la Capital Federal, lo que se consideraba un verdadero avance en la lucha proletaria. Se decidía, por fin, adherirse a la Federación Sindical Internacional de Amsterdam y apoyar toda tentativa de unidad obrera mundial.

Se funda La CGT

Quedaba dibujado el mapa de la representación de los trabajadores en cuatro sectores: la USA, la COA, la FORA V Congreso, y un gran número, quizás el más numeroso, de sindicatos autónomos que procederían a ir asumiendo lentamente la perspectiva de convocar a un nuevo Congreso de Fusión.





Militantes de la USA movilizándose al acto por el Primero de Mayo de 1925.
Fuente: AGN

Serán los representantes de la Federación Obrera Poligráfica Argentina quienes lograrían sentar a las conducciones de la USA y la COA para llegar al acuerdo que precipitará el 27 de Septiembre de 1930 la fundación de la CGT, Confederación General del Trabajo, siendo su primer secretario general el compañero Luis Cerruti, ferroviario.

Debe su nombre a la identificación con la CGT francesa que tenía una gran tradición de sindicalismo autónomo y protagónico, propiciando la construcción de las definiciones políticas a partir de los propios organismos sindicales.

Los acuerdos firmados constituían un reconocimiento a las distintas visiones de las organizaciones, ya que en ellos se declaraba la independencia de todos los partidos y las agrupaciones ideológicas.

Asimismo, se reconocía el derecho exclusivo de los trabajadores para establecer las formas organizativas para cada sector o industria representados.

Como así también, el derecho de todo trabajador de ejercer la libertad para desarrollar las actividades que mejor satisficieran sus aspiraciones de renovación social.

Se respondía así a los debates que aún hoy nos siguen acompañando. ¿Cuál es la relación con los partidos y con el Estado?, ¿y cómo se resuelve la compatibilidad o no con las representaciones institucionales de los dirigentes? Como se puede ver, tampoco en esto inventamos nada.

Nuevos Agrupamientos

Es tan persistente esta disputa y la influencia de estas definiciones, que aparecen agrupamientos de nuevo tipo: las agrupaciones político-sindicales, que nuclean a los militantes ya no por su sector de trabajo, sino por su militancia partidaria.

Las experiencias más importantes fueron el **Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC)** y el **Comité Socialista de Información Sindical (CSIS)**.

Los comunistas, que reivindicaban el triunfo de la Revolución Bolchevique del 17, ya organizados en el Partido Comunista argentino conformarán la CUSC a partir de 1929. Los dirigentes pertenecientes al Partido Socialista conformarán el CSIS.

Ambos se plantean reformular la relación entre las organizaciones de trabajadores y la vanguardia constituida en los respectivos partidos.

Es importante hacer notar que en todo este período en el que no hubo grandes expresiones de masa ni luchas como en décadas anteriores, estos nucleamientos llegaron a convocar y realizar acciones que conmovieron y reemplazaron la falta de respuesta de las organizaciones sindicales nucleadas en la USA, la COA y luego en la CGT fundada en el 30.

Llenaron el vacío del debate ideológico que se postergaba en aras de mantener la unidad sindical con el consiguiente enfrentamiento subalterno o por fuera de la orgánica.



La respuesta a la organización de los trabajadores, aquí la Liga Patriótica entra al puerto durante una huelga para reprimir a los compañeros.

Fuente: AGN



“Se ignoraba sistemáticamente -reprocha Jacinto Oddone en su *Historia Proletaria*-, la existencia del movimiento socialista, al grupo parlamentario que luchando a brazo partido en el Congreso de la Nación dio al pueblo la legislación del trabajo que goza. Derecho de reunión, incumplimiento de leyes obreras y tantas otras que determinaban la vida de los obreros no eran comentadas siquiera por el órgano oficial de las centrales”.

Además eran asociaciones que permitían incorporar a los militantes en las actividades de sus partidos, las campañas, los debates o la formación de cuadros.

Sacco y Vanzetti, y Eusebio Magnasco

Después de 1922, la derrota trajo aparejadas persecuciones, asesinatos, y el movimiento obrero dividido y debilitado en sus acciones masivas recién hará el primer intento por realizar una huelga general en 1929.

Aquella derrota produjo no sólo una atomización de las estructuras, la dispersión ideológica producto de debates inacabados, sino también el reflujo de las masas obreras en el marco de una gran depresión.

Hubo sí, luchas y huelgas de solidaridad. Por ejemplo, la realizada para repudiar el asesinato del obrero alemán Kurt Wilkens -ajusticiador en 1923 del Coronel Varela, el carnicero de la Patagonia-, quien fue ultimado por un guardiacárcel mientras se realizaban acciones para su liberación.

Una de las acciones más importantes, enmarcada en la lucha internacionalista que siempre caracterizó al movimiento obrero argentino, fueron los cerca de 30 paros, de 24 y 48 horas, realizados en solidaridad con la liberación de Sacco y Vanzetti.

También se hicieron por Eusebio Magnasco, tal vez no tan conocido, quien fuera “nuestro” Sacco y Vanzetti.

Magnasco, dirigente de la Federación Obrera Marítima (FOM) -aquella organización que junto con la Unión Ferroviaria fueron las pioneras en la conformación sindical en las distintas regiones de nuestro país-, fue detenido y acusado falsamente del asesinato de dos personas en San Javier, Misiones, lugar donde se encontraba organizando a los trabajadores yerbateros.

Estamos hablando de 1925. Magnasco es condenado en un juicio tan fraudulento como el que sufrieron los compañeros en EEUU y trasladado por varias cárceles, hasta que en última instancia, luego de un año y medio de movilizaciones y reclamos, es indultado por el presidente Alvear en 1926.





Acto en Plaza Congreso por la libertad de Sacco y Vanzetti. Una compañera le dirige la palabra a la multitud. Julio de 1927.

Fuente: AGN

Yrigoyen y el Golpe del 30

La presidencia de Alvear significó un retroceso en las políticas populares que habían caracterizado a Yrigoyen, que a pesar de las contradicciones que mostró en el último período de su primer gobierno -sobre todo en las represiones al movimiento obrero-, significó la legalidad para la organización de los sectores populares, y sobre todo para las experiencias organizativas sindicales.

Es por ello, que en esta segunda instancia hubo mucha más participación en la campaña electoral de los sectores sindicales, especialmente de la Provincia de Buenos Aires, fortaleciendo una corriente que naciendo en los ferroviarios, comenzó a comprometerse de manera directa en la disputa electoral.

El propio Comité Ferroviario convocaba no sólo a reconocer el avance de la Ley de Jubilaciones, sino que llamaba a: “formar un solo frente para que, unidas nuestras fuerzas podamos hacer flamear airosa e inmovible nuestra bandera de paz junto al Doctor Hipólito Yrigoyen”.

José Doménech, lo reconocía: “Yo he llegado a esta conclusión: el grupo sindicalista allá en lo más recóndito de su corazón eran radicales, todos radicales”.

Estos sectores planteaban la necesidad de involucrarse más en la disputa del Estado que, aunque

burgués, podía estar al servicio del crecimiento de la legalidad sindical y de la recuperación de reivindicaciones de los trabajadores. Recordemos que de esa época son los primeros reconocimientos de la jubilación para los ferroviarios y para los empleados de comercio.

En ese período nacen muchos sindicatos. Entre ellos la Asociación Trabajadores del Estado (ATE) cuyos fundadores, al calor del crecimiento de las exportaciones, conformaron su primer núcleo organizativo en el puerto.

No fue casual que “el Peludo”, como lo ridiculizaban, fuera recibido por los medios del régimen como: “la vuelta del cacique de tribu y chusma”, o el “Lenin con poncho”, o el “maximalista criollo” entre otras cosas que preanunciaban el ataque permanente a que iba a ser sometido hasta su derrocamiento.

Yrigoyen decía en el discurso del 7 de enero del 30: “La riqueza de la tierra, como la del subsuelo mineral de la República, no puede ser objeto de otras explotaciones que las de la Nación misma”. Ratificaba estas expresiones con la presentación del 22 de octubre de 1929 ante el Parlamento nacional propiciando la Ley de Nacionalización del Petróleo y el monopolio de su explotación por parte del Estado.

Se enfrentó claramente con la Stándar Oil e hizo que el General Mosconi, presidente de YPF, le



redujera aún más sus ganancias con la rebaja de los precios del querosén, la nafta y el fuel oil.

Sin lugar a dudas, estos sectores tampoco estuvieron de acuerdo cuando en diciembre de 1929 clausuró la Caja de Conversión. Una manera de atenuar los efectos de la Gran Crisis internacional —especulación, baja de los precios del cereal, fuga de capitales, baja en las reservas, etc— que dejaban al descubierto la dependencia del modelo agro-exportador.

Con el golpe del 6 de septiembre de 1930, el General Uriburu se proclama Presidente Provisional, abriéndose a la política impuesta desde los organismos internacionales, intentando recuperar el manejo del Estado que habían perdido en 1916, e imponiendo la persecución y represión a los sectores populares. A aquellos que levantarán su voz para defender a Irigoyen, pero también a quienes ellos consideraban los responsables de “las calamidades” que provocaba la clase trabajadora argentina.

Diría Uriburu al asumir: “He venido a limpiarlo de gallegos y gringos anarquistas”.

Ya el mismo día del golpe era asesinado en Rosario, por “comunista”, Joaquín Penina, un anarquista vendedor de libros y las movilizaciones y huelgas de sus compañeros eran disueltas a balazos.

Se sucedieron clausuras de locales sindicales y periódicos, deportaciones y numerosas detenciones, y más adelante, en la Penitenciaría Nacional, los fusilamientos de Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó.

Se crea en dependencias de la Policía Federal una Sección Especial para perseguir comunistas, donde se hace famoso otro invento argentino: la tristemente célebre picana eléctrica, bajo las órdenes del hijo de Leopoldo Lugones.

Incluso se dio legalidad a través de un decreto oficial a cuerpos armados hijos de la Liga Patriótica, como la “Legión Cívica Argentina”, que inspirados en la Italia fascista y a pesar de su corta vida, llegaron a desfilar en la celebración del 25 de Mayo de 1931.

Mucho se habló y especuló sobre la posición de la CGT en los primeros días posteriores al golpe, pues se declaraba prescindente por considerar que era una pelea netamente interburguesa. Recordemos que la mayoría de los sindicalistas allí reunidos se declaraban antiestatales, en el sentido de no establecer ninguna relación con este Estado burgués.

No puedo dejar de recordar, porque soy de ATE, que en la sede de nuestra organización se inició una reunión entre varios sindicalistas que no participaron de la conformación de la CGT, llamando a la sedición contra el golpe de Estado. Algunos sostienen que incluso estuvo presente, entre otros, Simón Radowitzky, indultado por Irigoyen en 1929.

Lo mismo ocurre en varios lugares, entre ellos Corrientes, donde Jauretche cae preso con varios compañeros y escribe un poema hermoso, que vale la pena leer, *El Paso de los Libres*. El poema termina diciendo que todo esto sucedería “hasta que un día el paisano/ acabe con este infierno/ y haciendo suyo el gobierno/ con sólo esta ley se rija:/ o es pa’ todos la cobija/ o es pa’ todos el invierno”.

Mosconi renunciaba a YPF y asumía su conducción un directorio nombrado por el nuevo ministro de Agricultura, Béccar Varela, ligado a los intereses de la Banca Morgan, los intereses ingleses de los ferrocarriles y de las empresas petroleras.

A pesar de todo lo acontecido, al promediar el año 31 se convoca a elecciones en la Provincia de Buenos Aires, y contra todo lo esperado triunfa claramente el Radicalismo, procediendo el presidente Uriburu a declarar la nulidad para “impedir que el país vuelva a caer en manos de quienes lo explotaron y envilecieron”.

En una sucesión de complots y sublevaciones, como la encabezada por el Teniente Coronel Pomar en Corrientes, se convoca a elecciones con proscripción y fraude.

El régimen proclama al General Agustín P. Justo como presidente y a Julio Argentino Roca (hijo) como su vice.

Durante su gobierno se firma el famoso Pacto Roca-Runciman, que Don Arturo Jauretche desde FORJA, calificaría como “el Estatuto del Coloniaje”.

El Tratado de Ottawa entre Gran Bretaña y sus colonias, había dejado en una situación muy desfavorable a los sectores oligárquicos nativos, por lo que a través de este pacto se acordó lo siguiente:

El Reino Unido no ponía restricciones a las exportaciones de carnes argentinas, pero:

El 85% de las licencias de importación debía ser distribuido por el Gobierno Británico.

Se liberaban los gravámenes sobre el carbón y todas las mercancías que se importaban y un trato preferencial a los intereses británicos, punto que





*Tiempos
difíciles para
los
trabajadores,
si caías en la
mala podías ir
“a parar a los
caños”.*

Fuente: AGN

hasta el propio embajador de EEUU, consideraba parte de una política antinorteamericana.

Recordemos que ya en los últimos años comenzaba a establecerse más claramente la presencia de empresas de ese origen, no sólo las petroleras o los frigoríficos sino, por ejemplo, la Good Year.

Todo esto será firmado en Dover con la presencia del Príncipe de Gales, quien destacaba que el futuro de Argentina dependía de Gran Bretaña. Por supuesto, no menos obsecuente fue Roca quien expresaría su sentimiento más profundo: “La Argentina es una parte integrante de Imperio Británico”, haciendo realidad aquella aspiración de George Canning que en 1824 escribía: “La América Española es libre, y si nosotros los ingleses manejamos nuestros negocios con habilidad, ella será inglesa”.

Luego de un siglo lograron no sólo separarnos de la Banda Oriental, sino que se apropiaron de los medios de transporte y comunicación. Monopolizaron el comercio exterior, manejaron la mayoría de las empresas de servicios públicos de luz, agua, gas...

Eran dueños de las grandes estancias de la República y de las tierras de la Patagonia. Las grandes tiendas y sus empresas eran protegidas por el Gobierno argentino. Por todo esto se calificó a esa época como “La Década Infame”. Después de los gobiernos de Menem en los 90, rebautizada como “La Primera Década Infame”.

Retroceso, experiencias organizativas y luchas parciales

“Dónde hay un mango, viejo Gómez”, decía el tango que crecía en protesta.

“Un viejo verde gasta su dinero, / emborrachando a Lulú con su champán, / y ayer nomás le negó un aumento al pobre obrero, / que le pedía un pedazo más de pan”.

El tango mostraba la cruda realidad de la desocupación y la miseria que crecerían con el consiguiente deterioro de la organización popular y sindical.

Quizás si no hubiésemos vivido en los 90, no comprenderíamos hasta qué punto la pobreza desorganiza, desestructura, transformándonos en sobrevivientes, lo mismo pasaba en aquel momento.

Hay un tango-emblema que nació al calor de la crisis del '30 y que Gardel grabó tan pronto como fue escrito: *Al mundo le falta un tornillo*. En su libro *Mis memorias*, Cádiz recuerda el nacimiento de aquel tema: “La crisis mundial había entrado al país en forma implacable. Hubo desocupación y ésta trajo como consecuencia la primera villa miseria que ocupó un sector de Puerto Nuevo y comenzó a hacer funcionar la tristemente recordada olla popular. Ese momento ingrato me inspiró una letra que a mí me parecía dramática por su contenido y al guitarrista Aguilar,



Al mundo le falta un tornillo

Música: José María Aguilar
Letra: Enrique Cadícamo

Todo el mundo está en la estufa,
Triste, amargao y sin garufa,
neurasténico y cortao...
Se acabaron los robustos,
si hasta yo, que daba gusto,
¡cuatro kilos he bajao!
Hoy no hay guita ni de asalto
y el puchero está tan alto
que hay que usar el trampolín
Si habrá crisis, bronca y hambre,
que el que compra diez de fiambre
hoy se morfa hasta el piolín.

Hoy se vive de prepo
y se duerme apurao.
Y la chiva hasta a Cristo
se la han afeitao...
Hoy se lleva a empeñar
al amigo más fiel,
nadie invita a morfar...
todo el mundo en el riel.
Al mundo le falta un tornillo
que venga un mecánico...
¿Pa' qué, che viejo?
Pa' ver si lo puede arreglar.

¿Qué sucede?... ¡mama mía!
Se cayó la estantería
o San Pedro abrió el portón.
La creación anda a las piñas
y de pura arrebatña
apoliya sin colchón.
El ladrón es hoy decente
a la fuerza se ha hecho gente,
ya no encuentra a quién robar.
Y el honrao se ha vuelto chorro
porque en su fiebre de ahorro
él se "afana" por guardar.
Al mundo le falta un tornillo,
que venga un mecánico.
pa' ver si lo puede arreglar.

festiva. Entusiasmado con la actualidad que reflejaba, le adaptó música y se la hizo escuchar a Gardel, quien de inmediato la llevó al disco".

Crecían las barriadas empobrecidas y Puerto Nuevo se transformaba en una gran villa miseria. Allí se alojarían los "atorrantes", los sin techo que iban a "parar a los caños".

Los términos que usamos, a veces tienen que ver con historias que nos involucran y desconocemos. En ese tiempo, no había plata para el pueblo pero el Estado utilizaba los recursos para hacer grandes obras, no sé si les suena parecido. Una de ellas fue el puerto de Buenos Aires. Allí se instalaron grandes caños de la empresa A.Torrant, que se popularizarán lunfardamente por el uso que de ellos hacían los que nada tenían.

Es en ese tiempo cuando también se profundiza una corriente que plantea la lucha por la institucionalidad de los sindicatos, ya que la represión e ilegalidad traen aparejada la falta de participación de los trabajadores. Mucho más indiferentes ante tanto fraude patriótico y defección de los movimientos populares.

La propia cúpula de la CGT no consigue realizar el tan mentado Congreso de Constitución y continúa dividida.

Había muerto el Gran Caudillo luego de sufrir cárcel, de ser indultado a pesar de su rechazo, ser llevado nuevamente detenido a la isla Martín García, denigrado de una u otra forma. Sin embargo, su féretro fue acompañado por una muchedumbre de más de 600.000 personas que testimoniaban su reconocimiento. Se profundizaba la crisis de representación y crecía el vacío político.

Se avanzaba en reconocimientos legales como los alcanzados por los trabajadores de comercio, encabezados por Ángel Borlenghi, pero éstos no eran efectivizados profundizándose la desazón de las luchas obreras.

Ante esta circunstancia, un grupo de sindicalistas toman la CGT y en un golpe de furca proclaman una nueva conducción el 12 de diciembre de 1935.

Luis Cerutti es designado como su secretario general y se suman Pérez Leiros y Borlenghi. La nueva conducción cuenta con el apoyo de la Comisión de Información Sindical Socialista y serán sus figuras aquellos que reivindiquen el rol fundamental del protagonismo de los trabajadores en todas las esferas del accionar político.

Los rechazados enfrentaron rápidamente esa acción sin escatimar denuncias: "La Comisión Socialista de Información Gremial inició en el movi-





Izquierda: cola de trabajadores desocupados esperando el desayuno. Derecha: "Villa Desocupación" en Puerto Nuevo. Fuente: AGN

miento obrero argentino las prácticas con que el hitlerismo destruyó el movimiento obrero alemán". Qué difícil se hace después de declaraciones como estas, volver a unirse, ¿no?

Allí se reunirían los trabajadores de la FOT (Federación de Obreros Telefónicos), encabezados por Luis Gay, la Asociación de los Trabajadores de la Comuna, la Federación de Oficiales del Mar, constituyendo su domicilio en la Calle Catamarca 577, mientras que la otra mantenía su local en la calle Independencia.

Así nacieron la CGT-Independencia y la CGT-Catamarca, como verán no somos nuevos ni siquiera en eso. Luego habría CGT-Azopardo y CGT-Paseo Colón, CGT-Azopardo y CGT-Brasil, en fin.

Pero en el trasfondo seguía el debate entre el rol que deberían tener los partidos políticos asumidos como de trabajadores. Desde la CGT-Catamarca resurgiría otra vez la reconstitución de la USA.

No estaban exentos de la crisis los sectores anarquistas que durante esta década, luego de sufrir grandes persecuciones, asesinatos, fusilamientos, profundizarán sus divisiones e inclusive intentarán conformar la organización específica de los anarquistas para alcanzar el poder. Serán tiempos de la constitución del Comité Regional de Relaciones Anarquistas (C.R.R.A.) en 1932 y la Federación Anarco-Comunista Argentina (FACA) en 1935.

Es meritoria y esclarecedora en esta temática la investigación del Compañero Fernando López Trujillo, que en su libro *Vidas en Rojo y Negro*, profundiza el debate y el desarrollo de esa organi-

zación específica de los anarquistas, el partido que motorizó el accionar de los libertarios en los términos de Bakunin y Malatesta .

FORJA

En el propio radicalismo, ante la vacancia de la posición nacional, surge entre otras alternativas FORJA: Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina. La componen Arturo Jauretche, Manuel Ortiz Pereyra, Gabriel del Mazo, Homero Mancione (Manzi) y luego suma otros aportes como el de Raúl Scalabrini Ortiz.

FORJA llega a tener influencia en el debate de las corrientes del movimiento obrero y se destacan, entre otros compañeros, Lázaro Caparros, del Sindicato del Vidrio, A. Ejivoji, portuario, Pedro Arnaldo y el compañero Occhipinti del grupo obrero de Lanús que tuvieron actuación destacada en el 17 de Octubre del 45. También Libertario Ferrari de ATE, cuyo voto fue decisivo en el Pronunciamiento de la CGT en aquella ocasión, como lo recupera el propio Jauretche en su libro *FORJA y la década infame*.

J. J. Hernández Arregui señala que: "FORJA, cuyo significado ya en la sigla descubre sus orígenes, fue un movimiento ideológico surgido de la crisis de la U.C.R. acelerada a raíz de la muerte de Hipólito Irigoyen; un intento de recuperar el partido para las ideas que el caudillo había puesto en marcha en su larga carrera de conductor. El nombre del movimiento se inspira en una frase de Iri-



goyen, “Todo taller de *forja* parece un mundo que se derrumba”.

Profundiza la investigación y la denuncia de la entrega y negociados que acontecían en un país sacudido por el asesinato en el Senado de la Nación del senador demócrata progresista Enzo Bordabehere, al querer evitar la muerte de Lisandro de la Torre, verdadero destinatario del atentado.

De la Torre había llevado adelante una minuciosa investigación en la Comisión del Parlamento acerca del negociado de las carnes con los ingleses, que luego quedaría desdibujada y lo llevaría a quitarse su propia vida.

El clima de bronca se profundizaba, por ejemplo, con la situación de los “Presos de Bragado”: Pascual Vuotto, Santiago Mainini y Reclús de Diago, acusados de enviar una bomba al caudillo conservador bonaerense José María Blanch. Esto desató en todo el país campañas de solidaridad para reclamar por su liberación, siendo la más importante la realizada en 1935.

También con la sublevación de San Juan, en 1934, ahogada con el asesinato de más de 35 sanjuaninos, más de 100 heridos y la intervención al gobierno bloquista de Federico Cantoni.

Otra muerte que conmociona a los argentinos al inicio del 36, es la del *Zorzal Criollo*, Carlos Gardel, y las multitudes acompañan su velatorio en el Luna Park y se movilizan hasta su última morada en la Chacarita.

La Huelga de los Obreros de la Construcción de 1936

La investigación del compañero Nicolás Iñigo Carrera explicitada en su libro *La Estrategia de la Clase Obrera -1936-*, es un ejemplo para los jóvenes investigadores de cómo debe situarse un verdadero intelectual frente a los acontecimientos históricos de nuestra clase, para ayudarnos en nuestro camino de emancipación.

Nos permite conocer todas las aristas que transita el proceso de esa lucha trascendental. Y nos abre rumbos de interpretación para profundizar lo que, para mí, es bisagra en la reorganización de nuestra fuerza y que nos permite vislumbrar las actitudes y tareas de esas nuevas relaciones de fuerzas en la sociedad argentina que terminarían abriendo el camino a la primera experiencia de gobierno.

La huelga empieza a fin de año, en 1935, cuando un grupo de organizaciones sindicales deja de

ser la estructura sindical antigua y empieza el tránsito hacia la nueva.

En Europa se estaban concentrando los capitales; en Argentina también aunque no tanto –nos detenemos en esto, porque es muy importante desde la visión de los trabajadores–.

En el sindicalismo de la construcción estaban los ceramistas, los yeseros, carpinteros, albañiles, pintores, colocadores de mosaicos, colocadores de vidrio, marmolistas, parquetistas, electricistas, calefaccionistas, picapedreros, plomeros, ebanistas; hasta me sorprendió la existencia del sindicato de escultores, los que hacían las molduras, etc. Esos sindicatos tenían origen anarquista.

Los comunistas comienzan a plantear la necesidad de construir organizaciones para el conjunto del sector. Si bien la discusión de la organización del sindicato por rama –en reemplazo de la organización por los viejos oficios– ya había comenzado entre los madereros en el 34 y en la huelga de más de 90 días del año 35 por mejoras salariales y reducción de la semana laboral.

Pedro Chiarante, dirigente del sector dice: “no era un secreto para nadie que las diez grandes empresas de la construcción que empleaban al 70% del personal, lograban contratos estatales por medio de la participación en las ganancias de los funcionarios”. La mayoría de las empresas relacionadas con el Gobierno eran de origen alemán.

La concentración empresarial se debía a la creciente construcción en Buenos Aires, donde se estaba produciendo un *boom* inmobiliario. Parecía mentira, desocupación y pobreza por un lado y *boom* inmobiliario, por el otro.

Frente a esto, se plantea la formación de una estructura sindical para hacer convenios colectivos globales con las empresas, que hasta entonces negociaban con cada sindicato por separado.

La tradición anarquista, que sólo veía al sindicato como una herramienta de resistencia no planteaba esa relación. Porque eso significaba “institucionalizar” el sindicato, ser rebelde pero institucionalizándose, porque tenía que darle un rol al Estado, un rol a los patrones.

Por supuesto que fue una eclosión, la asamblea del 22 de julio de 1935 fue trascendental, y allí nace la Federación Obrera de Sindicatos de la Construcción (FOSC) con los compañeros Pedro Chiarante, Malesini y Beil, quedando afuera solamente el sindicato de Plomeros de la FORA.





Huelga de los trabajadores de la construcción de 1936. Colectivo quemado en Boyacá y Gaona. Fuente: AGN

Si bien al principio ambas CGT desconocieron estas formas organizativas nuevas, los comunistas, desde la visión estratégica del Comité de Unidad Sindical Clasista, participaron activamente, destacándose entre muchos otros, Guido Fioravanti, finalmente deportado a Italia en 1941. En tal ocasión comenzó su militancia Rubén Iscaro, quien escribió varios libros, no sólo sobre la historia de la construcción, sino del movimiento obrero.

Las reivindicaciones que encabezaban la huelga eran:

- Reconocimiento del Sindicato Obreros Albañiles, Cemento Armado y anexos.
- Mejoras salariales
- Descanso dominical absoluto
- Jornada de 4 horas los sábados
- Abolición del trabajo a destajo
- Responsabilidad empresaria en los accidentes de trabajo

La patronal, ante tamaña fuerza del paro de la construcción, optó por plantear una contestación pública reconociendo algunas mejoras pero rechazando el reconocimiento del sindicato.

La huelga pasó a ser esencialmente política, transformándose en una pulseada entre los patrones de la construcción y la conducción de los trabajadores. Inclusive empieza a participar el Departamento de Trabajo constituyendo, de hecho, un reconocimiento al sindicato.

Multitudinarias asambleas en el Luna Park, marchas en los distintos barrios, piquetes, reuniones con las dependencias del Estado, campañas de difusión y una gran cobertura de propaganda, fueron creando en toda la comunidad, durante los 96 días que duró la huelga, un clima cada vez más propenso hacia los trabajadores.

El 7 de diciembre, se forma el Comité de Defensa y Solidaridad con los Obreros de la Construcción, con la secretaría general de Mateo Fossa, del Sindicato de la Madera, y la participación de la Federación Obrera Marítima y 68 organizaciones más, a las que luego se irán incorporando pequeños comerciantes y patrones del Gran Buenos Aires y La Plata.

En el acto del 21 de diciembre en la Plaza Once, con una concurrencia estimada en más de 100.000 trabajadores, se declara la huelga de solidaridad para el 7 de Enero.

Las dos CGT, a pesar de manifestarse de acuerdo con los contenidos, por distintos motivos se excusan de convocar al paro.

Se velan las armas.

Durante todo el día 7, se produjeron mítines, asambleas, y enfrentamientos con las fuerzas de represión. Allí se manifestó una violencia que no aparecía desde 1919, aunándose en la lucha callejera los obreros de la construcción y los sectores de la comunidad agredida por el fraude, la desocupación y la corrupción que en el estado de ánimo popular personificaba el Gobierno de la Concordancia, ilegítimo para buena parte del pueblo.

La protesta se transforma en una insurrección que excedía los reclamos sectoriales, algo muy usual en nuestra historia.

Los periódicos del régimen atribuirán lo sucedido, una vez más, a los “jóvenes que estaban perdiendo el tiempo en las esquinas”, “mozalbetes que no hacen nada provechoso”, o a “los muchachos jóvenes solteros, desocupados, changarines, de los caños de Puerto Nuevo”. Algo también usual en nuestra historia.



*Una escena
repetida
durante el 7 de
enero de 1936:
milicos
reprimen a los
trabajadores en
Mataderos.
Fuente: AGN*



Se producen centenares de detenciones, asesinan al panadero Jerónimo Osechuk y se prohíben las reuniones. Aún en un marco de dudas, y sin el aval de la convocatoria al paro de la dos CGT, los miembros del Comité que no habían sido detenidos declaran la continuidad de la medida por 24 horas más.

La huelga tendrá consecuencias fundamentales en el movimiento obrero. La primera es el fortalecimiento de la organización que se complementará no sólo con la conformación de la Federación Obrera Nacional de la Construcción adherida a la CGT, sino con la posterior estructuración del Sindicato Único de la Construcción, la creación de la Universidad Obrera de la Construcción que se haría cargo de la enseñanza técnica y cultural (1938) y la conformación de la Mutualidad de los Obreros de la Construcción (1939).

La segunda será la confluencia de distintos sectores para la convocatoria al Acto del 1 de Mayo de ese año, en cuyo programa veremos cómo comienza a emerger la demanda por una Argentina independiente de las potencias mundiales, libre de los monopolios del gran capital y en la que impere la justicia social.

Inclusive se expresan intentos para trasladar al terreno electoral el movimiento de protesta social que recorre todo el país desde comienzos de la década, del que participan no sólo los obreros, sino también otras fracciones excluidas del poder político por el régimen encabezado por el Gobierno de la Concordancia.

El Acto del 1 de mayo de 1936, reunió más de 100.000 personas en el marco de una huelga general con movilización. Fue realizado por iniciativa de la CGT que convocó a los partidos políticos opositores. Algunos de sus representantes fueron oradores: Lisandro de la Torre, Arturo Frondizi y Nicolás Repetto.

La masacre de Oberá

Quiero destacar especialmente que no solo hubo luchas en la Capital sino que la resistencia de nuestro pueblo se expresaba en todo el territorio de nuestra Nación, aunque esto no fuera muy investigado.

Una excepción a lo dicho lo constituye la investigación sobre la denominada “Masacre de Oberá” realizada por Silvia Waskiewicz, con el apoyo del Movimiento Agrario Argentino (MAM), donde se rescata del olvido la historia de una marcha en defensa de la producción del tabaco y el precio de la yerba que terminó con una feroz represión el 15 de marzo de 1936 en la mencionada ciudad misionera.

Para el año 39 la producción agrícola, en el todavía Territorio Nacional de Misiones, atravesaba un gran crisis y severas consecuencias económicas para los colonos extranjeros ubicados en la zona.

Una extensa sequía, clasificación arbitraria de la yerba, problemas con la mensura de las tierras otorgadas a los colonos, limitaciones al tabaco y nuevos impuestos llevaron a cientos de hombres, mujeres y niños a marchar hacia la ciudad de Oberá caminando, a caballo y en carro para organizar un mitin y exigir soluciones.

La pacífica manifestación fue recibida a balazos por la policía local y vecinos armados. No hay cifras certeras pero se calcula que fueron asesinados 4 hombres y una mujer, infinidad de heridos y contusos, mujeres y niñas violadas y al menos 140 personas detenidas. La mayoría rusos, polacos y ucranianos. Ningún integrante de las fuerzas represivas cayó herido ni muerto.

Se hizo responsable al comisario, a efectivos de su destacamento y a particulares de Oberá.

Otra vez se aplicaba el terror para defender los intereses de los dueños de la tierra y de la producción.





Mítin de los obreros de la construcción en el Luna Park, la organización de los trabajadores crecía tras la huelga de 1936. Fuente: AGN

La defensa de la República y la Segunda Guerra Mundial

La Guerra Civil Española primero, y luego la Segunda Guerra Mundial influyeron en las condiciones de desarrollo de nuestro país, pero también significaron un hecho trascendente en la dinámica y definiciones del movimiento obrero argentino.

Existe en nuestro país una tradición de respeto a la autodeterminación de los pueblos y neutralismo practicado durante la primera contienda internacional del Siglo XX y también una tradición de cuestionamiento claro a la guerra interimperialista que se desarrollaba durante el siglo. Pero la defensa de la “República Española” significó una clara demostración de unidad y solidaridad impresionante en todas las tendencias de la clase trabajadora argentina.

Contingentes de voluntarios enrolados en los ejércitos de las Brigadas Internacionales que fueron pródigas en actos de coraje y entrega, campañas de recolección de fondos, e incluso luego del triunfo del dictador Franco, la defensa y la solidaridad con los repatriados, refugiados y con los niños huérfanos y sufrientes de la guerra, expresaron la solidaridad de los trabajadores con la España Republicana. Más allá de las diferencias ideológicas y políticas que existían en las distintas corrientes obreras españolas: la CNT era anarquista y la UGT, socialista.

Sobresalió no obstante el gran consenso de la mayoría de la población con la lucha de los republicanos que fueron derrotados por la reacción de la Falange, aliada a la Alemania de Hitler y a la Italia de Mussolini, responsable entre otras cosas del bombardeo a la ciudad vasca de Guernica.

Miles de comités, federaciones, y organismos de ayuda se organizaron a lo largo de la Patria. Recolección de alimentos, ropas y dinero que fueron

girados a la España Republicana con un compromiso realmente extraordinario que expresaba una vez más el sentimiento internacionalista de las organizaciones sindicales y políticas populares de la Argentina.

No es de extrañar entonces que a continuación, desatada la II Guerra Mundial, fuera ésta uno de los ejes de trabajo y debate centrales en la construcción del ideario obrero.

Surgieron divergencias, en contraposición a la unidad que todos compartían frente a la lucha de la clase trabajadora española.

Las organizaciones socialistas cuestionaron rápidamente cualquier actitud de neutralidad, defendida por los sectores comunistas y, por diferentes motivos, por los sindicalistas revolucionarios.

La CGT Independencia convoca en 1940 a su Comité Central Confederal. Allí se produce una división que se reflejaría en el voto mayoritario por denunciar la agresión nazista, las consecuencias de la guerra y la actitud oportunista del Gobierno argentino. Actitud confirmada en la Conferencia de los Cancilleres de los países americanos realizada en Río de Janeiro, en la que consiguió que se aprobara una moción en la cual se recomendaba a los países latinoamericanos romper relaciones y dejaba en libertad de acción para hacerlo o no.

Sería memorable el fundamento del voto de los comunistas, a la sazón minoritarios en la CGT, expuesto por Pedro Chiaranti, que optaba por “manifestar su decisión de luchar por el mantenimiento de la neutralidad de nuestro país en la actual contienda y de buscar en la acción solidaria y unida de los trabajadores y los pueblos de los países de América las soluciones comunes de los problemas económicos y sociales que provoca”.

Muy diferente sería la posición de los mismos compañeros durante el Comité Confederal de octu-



bre del 42, en el que ya todos exigían romper la neutralidad del Gobierno. Había comenzado para esa época la invasión alemana a Rusia y se había roto el pacto Molotov-Ribbentrop de no agresión.

Definición que se constituiría en una demanda permanente y clave en el accionar de muchos sectores, inclusive para justificar la alianza con los partidos y sectores industriales y oligárquicos en defensa de las democracias atacadas.

CGT N° 1 Y CGT N° 2

Aun con todas las dificultades a cuestas, la situación se encaminaba y en diciembre de 1942 se logra realizar el Congreso de la CGT.

A pesar de que las resoluciones fueron aprobadas y sus debates concluidos, se profundizaba la tensión entre las corrientes y sus dirigentes. Electo el Consejo Confederal Central sólo quedaba designar las autoridades.

El encuentro se concreta el 10 de marzo de 1943 y se presentan dos listas: la N° 1 encabezada por José Doménech y Camilo Almarza, y la lista N° 2, integrada por Francisco Pérez Leiros y Julio González.

Por supuesto, de ambas listas participaban importantes compañeros como Ángel Borlenghi, Tesorieri y Pedro Chiaranti, entre otros.

Ante el voto de un delegado ferroviario en contra de lo dispuesto por su organización, se produce un gran debate y se pasa a cuarto intermedio hasta el día siguiente cuando es reemplazado. El cambio de ese voto, significaba la modificación en el resultado de la víspera: 23 a 22 votos un día para una lista y 23 a 22 al día siguiente para la otra lista.

La discusión sobre el valor del voto del delegado y su reemplazo, sobre si éste una vez electo puede ser removido y cambiado por su organización o si, por el contrario, se considera que representa al conjunto y tiene autonomía para resolver, motivó que ambas listas se dieran por triunfantes y emergieron dos centrales sindicales que, sin mucha imaginación, se denominaron CGT 1 y CGT 2.

No es menor este debate. Recordemos que nosotros mismos, al discutir en el Congreso de Delegados de la CTA en el 2006 la reforma de estatutos, defendíamos el voto directo de los compañeros para evitar transformarnos en una coordinadora de organizaciones y ser expresión real de una central de trabajadores. Aprobamos la elección directa de los congresales con mandato directo, o sea que representan al conjunto. Y recordemos también, lo

que significó aprobar la compatibilidad de los cargos ejecutivos con las representaciones institucionales. Como vemos no son debates nuevos, sino que seguirán acompañándonos permanentemente. Eso sí, lo haremos siempre desde la óptica de lo que mejor conviene al conjunto para alcanzar nuestros objetivos.

La mayoría de los dirigentes enfrentados, de extracción socialista, fueron convocados por el secretariado del Partido para presentar sus renunciaciones en aras de la unidad. Finalmente las renunciaciones no prosperaron y se mantuvo la división.

La CGT N° 1 seguirá funcionando en Independencia y la N° 2 tendrá distintas direcciones hasta ser intervenida al principio del golpe militar producido el 4 de Junio de 1943.

Crisis de representatividad y nueva etapa

Los acontecimientos se precipitan de una manera inusitada.

Quizás la palabra más usada es confusión pero sería más lógico hablar de confluencia de distintas circunstancias críticas desarrolladas en la última década que, como ya veremos, terminan irrumpiendo en un combate abierto y fecundo.

Como nos dirá Miguel Gazzera en su libro *El 17 de Octubre, evolución del Movimiento Social*, en el que acumula información y evalúa los acontecimientos de manera brillante, acercándonos poco a poco, pero con toda la pasión, a ese nuevo tiempo en el que fue tan palpable y tan claro lo que él define como “la política es la lucha de las voluntades contrapuestas”.

Veníamos de años de debates y divisiones entre las organizaciones de los trabajadores, de disputas por las nuevas formas organizativas de los sindicatos, y sobre su dependencia o autonomía de los partidos políticos.

De experiencias de acercamiento al Estado y la participación de éste en la vida laboral, transformando a muchas organizaciones obreras en un factor de poder que buscaba ahondar las relaciones con el poder gubernamental.

La guerra y sus avatares también sacudían el interior de las Fuerzas Armadas y a su joven oficialidad permitiéndoles abrirse a nuevos debates.

Recordemos que en 1941 se crea Fabricaciones Militares, desde donde el General Savio comienza a profundizar la autonomía nacional para la defen-





*Una multitud concurre al acto por el Primero de Mayo de 1938 organizado por la CGT y el Partido Socialista.
Fuente: AGN*

sa, continuando la línea de Mosconi con su defensa de la nacionalización del petróleo.

Disputa que se da en un Ejército fundado al calor de la Campaña del Desierto, verdadero genocidio del pueblo indígena, socavado por el fracaso del 30, y abierto a la discusión con los nacionalistas.

Tanto es así, que la oficialidad joven pudo escuchar atónita el discurso de Juan Domingo Perón el 7 de agosto de 1945 en el Colegio Militar, donde explicó que la Revolución Francesa que cambió el mundo terminó con el feudalismo y estableció el “gobierno de la burguesía” y que a partir de la Revolución Rusa vino la hora del “gobierno de los pueblos”.

La defensa de la Revolución Rusa como la “revolución de los pueblos” en el Colegio Militar realmente no tiene desperdicio: expresa la profundidad de la crisis de pensamiento que existía allí. No se puede pensar que sólo les estaba haciendo el verso, sino que ahí había una crisis en el Ejército, enfrentado con la Marina pro-británica y en alianza con una Aeronáutica no sólo nueva, sino mucho más necesitada de desarrollo científico-tecnológico.

En lo económico, los intereses oligárquicos tradicionales se enfrentaron con el poder de la burguesía que crecía en los bordes de un Estado que asumía un rol protagónico en las definiciones de la crisis.

Un marco de corrupción y desprestigio sumía a los partidos políticos y a la estructura de una de-

mocracia, hija de la profundización del fraude, que no daba respuestas a las necesidades urgentes del conjunto del pueblo.

También se sucedían escisiones al interior de los partidos que decían representar a los trabajadores, profundizando aún más la crisis de representatividad existente en todos los órdenes.

Es bueno afrontarlo desde esta lógica y no aceptando la rigidez de lo “bueno” y lo “malo” como se ha querido presentar permanentemente esta etapa.

Durante muchos años me cansé de escuchar a “nuevos” peronistas decir que el 17 de Octubre “comenzó” la historia de la clase trabajadora en nuestro país. Algo tan simétricamente antihistórico como lo de aquellos que creen que el 17 de Octubre “terminó” historia de los trabajadores en nuestra Patria.

Si no, ¿de dónde salieron los militantes y dirigentes que construyeron esa gran fuerza popular que expresara durante tantos y tantos años el avance del movimiento obrero argentino?, ¿de debajo de las baldosas?

Descubrí que en aquel tiempo, no había ningún dirigente que no tuviera años de militancia y compromiso en las filas de todas las corrientes políticas, ideológicas o sindicales. Eran pues socialistas, sindicalistas revolucionarios, comunistas, radicales, o anarquistas.

El mismo Silverio Pontieri, secretario general de la CGT en aquel momento, cuenta en su libro



“La Confederación General del Trabajo en su misión rectora de los trabajadores” que su primera experiencia huelguista la realizó en los talleres ferroviarios de La Plata en 1916.

¿ O acaso aquél que definió a Perón como el “primer trabajador” no fue el mismo Doménech, del Partido Socialista, que hemos visto una y otra vez durante los acontecimientos de la década pasada?

Liberémonos de esas concepciones sectarias o subestimadoras que no se animan a aprender de la vitalidad de los trabajadores y todo lo tratan de reducir a la política conspirativa o superestructural sin sentir la hermosura del calor de la lucha popular y de las enseñanzas que es capaz de regalarnos nuestro pueblo cuando abraza la esperanza por transformar su vida y la sociedad.

Tantas veces escuché decir que eran los “cabecitas negras” del “interior”, arriados fácilmente, o llevados de las narices, sin siquiera detenerse a pensar que esas palabras no sólo no reflejan una realidad organizativa tan importante previa al 45, sino que además encierran una forma de discriminación con nuestros compañeros del “interior”.

Quizás por eso he peleado conmigo mismo para no hablar de “los del interior”, ya que si así fuera, nosotros aceptaríamos ser del “exterior”. Aprendí a decir “provincianos”, y sobre todo a no olvidar que fueron pródigos en luchas. La huelga de los astilleros de Corrientes, la Patagonia Rebelde, Gualaguaychú, los santafesinos en La Forestal, la rebelión de Oberá, las maestras en Mendoza, los cañeros del azúcar en el NOA -entre tantas otras luchas previas a la década del 40-, son evidencia suficiente como para no ofender no sólo el sentido común, sino a la sangre derramada de nuestros compatriotas.

Fue, a no dudar, la acumulación de experiencias durante casi un siglo lo que surcó ese nuevo tiempo, abriendo paso al triunfo popular producto de la irrupción de lo impensado y construyendo una década de realizaciones y felicidad como nunca habíamos conocido los trabajadores.

MEJOR QUE DECIR ES HACER Y...

Para los trabajadores y sus organizaciones, el golpe del 4 de Junio de 1943 no significaba solamente otra manifestación de la crisis de la institucionalidad existente, Mucho menos, cuando en los primeros meses del gobierno militar se procedía a disolver a la CGT N° 2 (con la excusa de terminar

con las actividades políticas) y a la clausura de su local en la calle Corrientes 814, impidiendo cualquier reunión.

O cuando días más tarde se intervienen la Unión Ferroviaria y La Fraternidad, retirando a sus representantes de la CGT N° 1 y obligando a elegir nuevas autoridades en ésta. La nueva conducción queda a cargo de los compañeros R. Seijas y Alcides Montiel que abrirán paso a la conformación de la Comisión Pro-unidad del sindicalismo.

Esta política de “represión” será confrontada y cambiada lentamente por otra de “justicia social”, pero no será un proceso sencillo.

En diciembre de 1943 se crea la Secretaria de Trabajo y Previsión, nombrándose a Juan Perón como su conductor, quien comienza a convocar abiertamente a los representantes de los trabajadores, con la inestimable colaboración del Coronel Domingo Mercante.

Sin embargo, esta convocatoria desde las esferas oficiales a ese “poder sindical”, significó un cambio brutal que conmovió a todas las instancias de representación. Parecía que el viejo lema sindicalista “los sindicatos al poder” podía concretarse. Pero no fue fácil.

Comenzó con mutuas desconfianzas. Por un lado las provenientes de los dirigentes curtidos en las luchas contra el régimen y la ilegalidad, de los cuales los militares siempre formaron parte.

A la inversa, aquellos jóvenes oficiales veían con desconfianza el acercamiento a los representantes del pensamiento rojo de la Argentina.

Quizás comenzó a zanjarse en aquella asamblea en la cancha de Dock Sud, donde José Peter, dirigente comunista, entrerriano, fue ovacionado después de ser liberado en plena huelga del Sindicato de la Carne. Los desconfiados dirigentes no sólo encontraban oídos a sus reclamos sino además soluciones.

Aquella dualidad entre la actitud de “represión” o la de “justicia social” se profundizará durante todo el ‘44 en una serie impresionante de hechos que culminarán el 17 de octubre de ese año con la sanción del “Estatuto del Peón Rural”. Punto de inflexión en esta historia, pues será un verdadero cachetazo al poder oligárquico y una reivindicación histórica para los trabajadores del campo.

También es importante recordar que antes de llegar a ese momento trascendente, se sancionaron leyes, decretos y resoluciones que fueron creando el camino por el cual desfilarían los dirigentes de los trabajadores atraídos por esa doctrina: “Mejor



que decir es hacer y mejor que prometer es realizar” que sintetizará esta etapa.

Se derogan las normas represivas de la actividad gremial; se establecen beneficios para los trabajadores ferroviarios –tales como la licencia anual-; se otorga un subsidio de 1.000.000 de pesos para la construcción del policlínico en Retiro financiado en parte con el aporte de los trabajadores; se abren farmacias, se fundan hospitales y se construye un sanatorio en Cosquín para los tuberculosos, entre otras muchas medidas.

El espíritu prioritario de solucionarle los problemas a la gente quedó claramente demostrado durante los sucesos del tristemente recordado terremoto de San Juan en enero del 44.

Los 7.000 muertos y los 14.000 heridos, la destrucción en un 90 % de la ciudad capital de la provincia y las pérdidas ocasionadas demandaron de la solidaridad de todas las organizaciones populares, que al ser convocadas, no escatimaron esfuerzo para ayudar a nuestros compatriotas.

No se nos escapa que en esas circunstancias se cruzarán los destinos de Juan Perón y Eva Duarte convertida a partir de allí, por vocación, esfuerzo y compromiso de vida en la inolvidable Evita.

Se continuó durante ese año con la creación de las Secretarías Regionales de Trabajo que procedían a activar los expedientes, acumulados esta vez “a favor del obrero” como antes lo hacían “a favor del patrón”.

Se reconocían los delegados de fábrica, garantizando que no serían despedidos, las vacaciones y el cumplimiento de leyes. Se resuelven los conflictos de los obreros del vidrio, de la carne, textiles, del mueble, la alimentación y de los astilleros sin necesidad de recurrir a la Justicia. Y muchos otros que se beneficiaban además del descanso dominical como los carniceros y el comercio.

Se sancionaba el Estatuto del Periodista y el 17 de mayo en la Plaza de Mayo las columnas de la Federación de Obreros y Empleados del Estado, (nombre en aquella época de ATE) encabezadas por José Tesorieri, se manifestaban frente al balcón de la Casa Rosada para celebrar la sanción del Estatuto del Personal Civil del Estado, que garantizaba reivindicaciones históricas de los trabajadores estatales.

Nuevos Sindicatos: “Los Paralelos”

Cada acuerdo o norma beneficiosa motivaba asambleas, actos, que irán profundizando el com-

promiso de las organizaciones y dirigentes que asombrados pero eufóricos, crecían en número y conquistas.

Se creaban sindicatos paralelos como el de Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina, o el de la Unión Obrera Metalúrgica, parida al calor de la movilización de 20.000 metalúrgicos, que no pararía de crecer en forma impresionante hasta alcanzar los 100.000 afiliados en 1946.

La primera, fundada en 1943, también crecería -aunque más lentamente-, beneficiándose con la persecución de que era objeto la Federación Obrera de la Construcción.

Quizás la expresión más alta de esa lucha entre concepciones sindicales y subordinación partidaria se dio en la industria de la carne. Rodolfo Puiggrós, en su libro *Peronismo, causas*, desarrolló extensamente esta experiencia, además de profundizar toda la consecuencia del debate entre los marxistas de la época, de manera lúcida.

Los obreros de Berisso, descontentos por el levantamiento de la huelga tras la liberación de Peter, decidieron continuar adelante y organizar una nueva estructura a la cual se afiliaron más de 15.000 trabajadores en dos días.

La confrontación con los frigoríficos, cuyos patrones eran extranjeros pertenecientes a los países de las fuerzas “aliadas”, dividió a los dirigentes pero no impidió, en junio del 44, el triunfo de los que priorizaron las demandas reivindicativas de los trabajadores. Los mismos que días después ovacionaban a Perón en un acto masivo en dicha ciudad.

Muchas otras experiencias nacerían al calor de la legalización de los sindicatos paralelos, entre ellas la que será la Asociación Obrera Textil ya en octubre del 45, lo cual más allá de las acusaciones cruzadas permitió un avance real y concreto en la estructuración de lo que va a ser el fuerte del movimiento emergente, la masificación de las representaciones obreras y la elección de los delegados de fábrica.

Sobre este tema, vale la pena leer un párrafo del libro de la canadiense Louise Doyon, *Perón y los trabajadores*, cuya investigación para su tesis de doctorado es un aporte inestimable y profundo sobre esta etapa.

Dice Doyon: “Con frecuencia se supuso que los fundadores de los nuevos sindicatos paralelos eran hombres de poca experiencia o que eran ajenos al movimiento sindical (...).



Su reputación fue sin duda, uno de los factores que confirieron legitimidad a las nuevas organizaciones y contribuye a explicar por qué lograron atraer aquéllas un sector de las bases de las estructuras matrices. Por ejemplo, todos los militantes que fundaron los sindicatos paralelos metalúrgicos, de la carne, del vestido, de la construcción, y de la industria panadera tenían un historial de militancia activa en las organizaciones comunistas, que con frecuencia se remonta a mediados de la década del 30, y por lo menos en los dos últimos casos algunos habrían sido miembros de sus comités ejecutivos. El grupo que propició la creación del sindicato de Luz y Fuerza estaba compuesto por activistas de extracción socialista, que a lo largo de casi 8 años habían luchado por imponer un sindicato independiente, en contra del que actuaba bajo la influencia de la empresa de electricidad.

En el caso del SUPA, el impulso provino de ex simpatizantes anarquistas que habían militado en el pequeño gremio de los trabajadores portuarios desde la década del 20.”

El fin de la guerra

La Segunda Guerra Mundial preanunciaba su final. Se creaba el Consejo Nacional de Posguerra, nombrándose al Coronel Perón como su responsable.

Este organismo tendría vital importancia en la definición de los proyectos y programas a llevar adelante.

Asimismo, se fue incorporando en las decisiones a dirigentes gremiales desacostumbrados a ejercer estos roles de tanta trascendencia oficial y social.

Tiempos en los cuales se siente ya la presión norteamericana para el alineamiento definitivo con los aliados.

Algunos dirigentes sindicales convocan a un acto de apoyo a la política internacional del Gobierno en la Plaza San Martín. Allí, Tesorieri, secretario general de ATE dirá “que la clase trabajadora defendió nuestra independencia a lo largo de toda su historia, frente a cualquier injerencia extraña y no permitirá jamás que intereses foráneos pretendan marcarnos el rumbo”. También hicieron uso de la palabra Alcides Montiel en nombre de la CGT, el presidente Farrel, y el Coronel Perón para cerrar el acto. Actos similares tuvieron lugar en varias ciudades del país.

Comenzaba a concretarse la aspiración de aquel Grupo de Oficiales Unidos, GOU, inspirador y motor al interior del proceso militar de los cambios producidos.

El Estatuto del Peón

Todo este movimiento no podía sino generar una profundización de la lucha de clases y producir una contraofensiva de la patronal, sobre todo, a partir de la sanción del Estatuto del Peón Rural que se va a sintetizar en el Manifiesto del Comercio y la Industria.

El Estatuto fue la verdadera expresión recuperada de aquellos obreros rurales de la patagonia, reivindicados no sólo en sus aspiraciones sino, también en toda su dimensión cultural.

El Estatuto sancionado el 17 de Octubre de 1944 establecía:

- *Salario mínimo*
- *Descanso de media hora para desayunar*
- *Una hora para almorzar, entre mayo y noviembre*
- *Tres horas y media en verano*
- *30 minutos de merienda*
- *Descanso dominical*
- *Establece guardias para trabajos urgentes*
- *Prestación de alojamiento y comida a cargo del patrón, en condiciones de abundancia e higiene*
- *Abrigos y calzado adecuados para trabajos a la intemperie*
- *El ordeño bajo techo*
- *Asistencia médica y farmacéutica a cargo del patrón*
- *Prohibición de despidos sin causa.*

La reacción no se hizo esperar, saliendo desde las vísceras como lo expresaba la declaración de Confederaciones Rurales: “elimina la jerarquía del patrón para dejarlo a merced de los peones o de cualquier agitador profesional”.

No por casualidad se mencionaba en el manifiesto que “durante 25 años, desde aquella Semana Trágica de enero del 1919 el país ha vivido dentro de una casi perfecta tranquilidad social, y no es reviviendo diferencias entre patronos y obreros, sembrando odios y azuzando pasiones que culminaron y terminaron hace 25 años que



Julio de 1945,
acto de
trabajadores
en apoyo a
Perón en
Diagonal Norte
y Florida.
Fuente: AGN



Comienza el desenlace

“Lo que acontece a partir de mayo a octubre constituye uno de los períodos más fascinantes y dramáticos tanto en la historia del peronismo, como en la del movimiento obrero argentino”, define claramente Louise Doyon.

Y es efectivamente un maremoto que comienza, conscientes del tiempo que se vivía, con la convocatoria de algunas organizaciones sindicales a la marcha del 12 de julio frente a la Secretaría de Trabajo para apoyar, ya sin enjuagues, al propio Perón.

Allí Ángel Borlenghi, orador principal, denunciará la ofensiva opositora y convocará a defender las reformas logradas.

Los cantitos eran por demás elocuentes: “Ni nazis, ni fascistas... Peronistas”, y “Sin galera y sin bastón,... lo queremos a Perón”.

Tras ser aclamado durante horas, Perón les dijo: “sabíamos cuando comenzamos esta cruzada que íbamos a tener enemigos muy poderosos enfrente, pero no dimos nunca, ni daremos un paso de retroceso”.

A partir de allí, nadie se pudo sustraer a la polarización creciente y fecunda que trajo aparejada la confrontación, vertebrando a todas las fuerzas sociales, políticas, religiosas, culturales y, por supuesto, también militares en este derrotero que terminó fortaleciendo la vivencia de la confrontación Patria-Colonia, que sintetizaría la campaña venidera.

Vale la pena recorrer este tiempo donde a una acción se correspondía una reacción de igual magnitud, terminando poco a poco con la neutralidad, preparando el camino de la irrupción del pueblo que terminará por inclinar la balanza decisivamente.

El 24 de julio los autodenominados “Auténticos soldados del Irigoyenismo” se reunían en Retiro y reclamaban la candidatura de Perón a la presidencia contrarrestando el llamado de Frondizi para que la UCR “no se dividiera cuando están en juego las libertades argentinas”.

El 6 de agosto la bomba atómica era arrojada en Hiroshima y el 9, otra en Nagasaki, ciudades japonesas, mostrando hasta qué punto eran capaces de llegar estos verdaderos “defensores” de la libertad, poseedores de “valores” que les permitían masacrar a todo un pueblo en una guerra que ya estaba prácticamente terminada.

El 16 de agosto los partidos Comunista y Socialista realizaban en Plaza San Martín el festejo del triunfo aliado. Braden se excusa por no concurrir, pues tenía que viajar a EEUU para asumir el cargo de Secretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos.

La FUA, Federación Universitaria Argentina, convoca a una huelga estudiantil para los días 20 y 21 de agosto exigiendo una “democratización que evite el caos y la guerra civil”.

En la tradicional Exposición Ganadera de la Rural se renueva el reconocimiento a Braden, pero además su presidente dirá: “No sirve a los obreros





Marcha por la Constitución y la Libertad el 19 de septiembre de 1945. Asistieron unas 300 mil personas.

Fuente: AGN

quien los incita a la rebelión sin instruirlos sobre lo que les conviene”.

En el Plaza Hotel, Braden es despedido fervorosamente por los representantes de la Unión Democrática que escucharán y aplaudirán su promesa y compromiso: “Nadie imagine que mi traslado a Washington significará el abandono de la tarea en que estoy empeñado”.

Las declaraciones en uno y otro sentido se amontonaban y el 19 de septiembre tiene lugar un acontecimiento que conmovería al mundo de los trabajadores sindicalizados y profundizaría sus definiciones, tal como confiesa uno de sus protagonistas, Silverio Pontieri: “...fue esa noche, de ese 19 de setiembre, que yo, el sindicalista ortodoxo, el apolítico intransigente, después de escuchar los informativos radiales y leer los diarios de la noche, con las copiosas informaciones del acto, de sus organizaciones y participantes, me juramenté ante mí mismo que desde ese día en adelante, la lucha antioligarca había que abrirla en todos los frentes y en cualquier terreno; si allá estaban reunidos los usufructuarios de la riqueza social, con sus personeros, mi conciencia no me permitía permanecer indiferente a los acontecimientos que más tarde o más temprano se producirían”.

Sí, ese día se marcha por la Constitución y la Libertad con la presencia de algunos sindicatos (los trabajadores gráficos, gastronómicos, pasteleros y de la construcción) junto a todo un arco político que abarcaba desde los partidos más tradicionales,

representantes de la oligarquía, hasta los partidos de izquierda. La presencia de más de 300.000 personas expresaba que la lucha no era sólo superestructural y hasta qué punto la división estaba enclavada en el corazón del pueblo argentino.

Esa postura se complementaba el 20 de septiembre en el acto realizado en el Luna Park por el Partido Comunista para exigir su legalidad, rodeados por las fotos de Truman, Roosevelt, Stalin y Churchill. Allí promueven la Unión Democrática.

La editorial de la CGT del 1º de octubre atacaba duramente el evento culminante de la ofensiva opositora. La movilización era caracterizada como la “Marcha de la Dictadura Capitalista”. Cada vez quedaba menos margen para la dualidad.

Desde allí en adelante todos actúan como si no existieran los otros y sólo al final se sabrá quién estaba mejor y resultó triunfante.

Así son los acontecimientos que conmueven y cambian rumbos.

Ellos no dormían y los nuestros tampoco.

Las fuerzas reaccionarias en el Poder Judicial comenzaron por declarar la inconstitucionalidad de la nacionalización de la empresa del gas, y terminaron anulando los Tribunales de Trabajo y sus resoluciones.

Crecieron los sectores militares liberales que, encabezados por el General Ávalos, emplazaron al presidente Farrell no sólo con la renuncia de Perón a todos sus cargos (Secretario de Trabajo, Ministro de Defensa y Vicepresidente de la Na-



12 de octubre
de 1945, acto
frente al
Círculo Militar
para exigir la
entrega del
gobierno a la
Corte
Suprema.

Fuente: AGN



ción) sino también con la formación de nuevo gobierno y la convocatoria a elecciones para abril de 1946.

La otra vereda

Los medios de comunicación mayoritariamente consagrados a exaltar los objetivos del *establisment* (en eso tampoco son novedosos), daba por terminada esta página horrenda para la historia política argentina, encaminándose hacia la verdadera democracia tal como informaban los diarios locales e internacionales.

Sólo enfrentaban a la comunicación hegemónica dando crédito a lo que acontecía en el movimiento popular, *La época* de Eduardo Colom, el periódico *Política* de Ernesto Palacios, y sobre todo el boca a boca del accionar de miles y miles de cuadros sindicales y sociales, que no renunciaban a ser parteros del nuevo tiempo.

El Gobierno, presionado por los amotinados del general Ávalos en Campo de Mayo, resuelve pedirle la renuncia a Perón a la Secretaria de Trabajo, y allí se produce el grito de Guerra.

Ese 10 de octubre, varios dirigentes sindicales de las diferentes corrientes, conscientes de que no había espacio para el retroceso, convocan en apenas cinco horas a su despedida frente a la Secretaria de Trabajo y Previsión.

Contaron con la “ayuda” especial de que los discursos del acto fueron transmitidos por radio en cadena nacional. Exigencia de Perón para presen-

tar la renuncia a los cargos sin “desatar” una interna militar en el Gobierno.

En este acto se polariza la confrontación y se “encarna” el candidato del pueblo.

La cantidad sorpresiva de trabajadores (se habla de 70.000) en tan poco tiempo templó los espíritus de dirigentes como Gay, Montiel, Tejeda y Jerez, entre otros, que rodearon a Perón durante todo el acto.

Luego procedieron a detener a Perón y a degradarlo, e incluso lo entregaron a la Marina para su detención en la Isla Martín García. Pero su discurso resonó una y otra vez en la conciencia del pueblo.

Había sentenciado claramente: “Los trabajadores deben confiar sólo en sí mismos, y recordar que la emancipación de la clase obrera está en el propio obrero” (...), también dejó firmado un decreto de un aumento de sueldos, e implantación de remuneraciones móvil, vital y básico como participación en las ganancias”.

Rodeado por los dirigentes sindicales, ya comprometidos abiertamente en esta lucha en la que no habría neutrales, apostaba a la respuesta de los trabajadores.

Su discurso había ido variando con el correr de últimos dos años, desde aquellos primeros intentos de mediar entre los intereses de los patrones y los trabajadores, a éste en el que apelaba a la Clase de quien dependería su destino.

Mientras tanto las organizaciones sindicales, la CGT, y fundamentalmente los centros de trabajo, eran un verdadero hervidero de discusiones y definiciones, acelerando los tiempos y coagulando las fuerzas que estallarían los días siguientes.





Por supuesto no todo era lineal, imaginemos los acontecimientos que vivimos y nos conmovieron en los últimos años y vamos a poder dimensionar lo que ocurría entonces.

Se va inclinando la balanza

En esos días de octubre, la FOTIA, sin esperar órdenes, paraliza todos los ingenios y marcha hacia la capital tucumana. En Córdoba, los obreros abandonan sus trabajos y se movilizan hacia el centro de la ciudad. Lo mismo sucede en Berisso, La Plata y en Rosario, donde los comités de huelga desarrollan la tarea de agitación y convocatoria al gran paro nacional que comienza a discutirse en la CGT.

Se imaginan lo que sería ese local de la CGT arreciado de versiones contrapuestas y “aprietes” de resoluciones como la de los compañeros rosarinos que planteaban que si no se decretaba la huelga, igual ellos la harían efectiva.

En ese hervidero, el 15 de octubre, a pesar de las reticencias de los líderes de la Unión Ferroviaria, el Comité Ejecutivo de la CGT resolvió la Huelga General Nacional y convocó para el día siguiente al Comité Central Confederal para su convocatoria y aprobación del programa que la sustentaba.

De allí en más la CGT “legalizaría” lo que ya estaba sucediendo en la realidad, recibiendo ésta un espaldarazo que se multiplicaría en fuerza y convicción hasta atronar el 17 y el 18.

Todavía faltaba el último empujón. Que se desarrollaría en maratónicas 8 horas de debate, que son recogidas de manera pormenorizada por el compañero Juan Carlos Torres en su libro *La CGT y el 17 de Octubre de 1945*.

No puedo dejar de destacar la intervención del compañero de ATE y de FORJA, como si fuera poco, Libertario Ferrari que alentaba a sus compañeros, con frases como: “Tenemos que aprovechar este momento excepcionalmente favorable para nosotros, pues si no habremos perdido la lucha por muchos años...”.

Había dudas y hasta sería injusto no valorar correctamente las precauciones de los dirigentes sindicales. Muchos no querían pasar tan abiertamente a subordinarse al Coronel Perón o al Gobierno. A tal punto que éste no es nombrado, reclamándose la libertad de todos los presos en general, aunque nadie dudara de que él fuera el motivo central.

Trataban pues de conducir los acontecimientos en respuesta a las diatribas de sectores sindicales, ya a esa altura minoritarios, que representando a las conducciones de los partidos Socialista y Comunista veían perder de sus filas a grandes cantidades de cuadros que eran ganados por esta arrolladora fuerza en marcha.

Es más, cuando en la madrugada del 17 de octubre resuelven la huelga para el día 18, ya se había puesto en marcha el motor que cambiaría la historia política argentina. Producto del protagonismo de los trabajadores, le pese a quien le pese.

Miguel Gazzera, generosamente pródigo con los compañeros, dirá que ellos al finalizar la reu-



nión iban al encuentro con la historia pifiándole en un solo día a su convocatoria, pero de lo que no hay duda, es de que se sintieron convocados y asumieron sin temor esa gesta de sus compañeros.

Durante todo ese día se reflejaría cuán acertada estuvo aquella convocatoria a defender lo propio que se hiciera el 10 de octubre. Y a determinar que la “emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”.

Desde allí surge claramente esa respuesta generosa y agradecida que los trabajadores dan sin retaceos cuando reciben sin más todos los esfuerzos y concreciones que hacen a sus deseos y convicciones.

Siempre pienso en todos aquellos que quieren “parecerse” a Perón, pero siempre al Perón del 17 de Octubre, nunca al de antes. Se quieren parecer a Perón cuando es la hora del reconocimiento, no al de los años anteriores que siempre dio pruebas, más allá de las dudas, de resolver con justicia el reclamo y las necesidades de los trabajadores.

Por eso éstos no dudaron y salieron a defender su futuro.

Cuántos “dirigentes” exigen lealtad, sin haber dado nada. Al contrario, se esfuerzan en exigir que comprendamos y asumamos resignadamente que no se puede hacer otra cosa.

Perón detenido en Martín García, tan solo dos días antes le transmitía su sentimiento a Eva: “Mi-

rá negrita nos iremos a descansar. Pero confiemos en los trabajadores que sabrán valorar lo que hemos hecho...”.

Por eso una multitud cercana a las 250.000 personas se apiñó en la Plaza de Mayo para garantizar el principal objetivo de la movilización: la presencia de Perón.

Y no se hubiera retirado hasta concretarlo. La amenaza de que si no lo traían, tomarían la Casa Rosada, no era una bravuconada, sino una resultante fidedigna del sentimiento y convicción de nuestros compañeros.

Se había ido modificando su discurso durante los últimos dos años. Durante la primera etapa se exponía la intención de sobrevolar los conflictos de clase, construyendo una sociedad diferente pero arbitrada por un gran trípode (Estado, Burguesía y Clase Trabajadora). Ahora en la Plaza se manifestaban los nuevos hacedores: los descamisados, los cabecitas negras, los trabajadores que serán siempre los únicos en mantenerse fieles al Líder aún en las circunstancias más adversas.

Yo siento que ese pacto sellado en la Plaza, se mantuvo incólume hasta el 12 de junio de 1974 -tuve el privilegio de escucharlo-, cuando en ese mismo lugar Perón le devolvía el “testimonio” a su único heredero, el Pueblo. Ese que había sido capaz de parirlo aquella noche.



El subsuelo de la patria sublevado

"Un pujante palpitar sacudía la entraña de la ciudad. Un bálito áspero crecía en densas vabaradas, mientras las multitudes iban llegando. Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los Talleres de Chacarita y Villa Crespo, de las manufacturas de San Martín y Vicente López, de las fundiciones de acerías del Riachuelo, de las bilanderías de Barracas... Hermanados en el mismo grito y en la misma fe, iban el peón de tambo de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, la bilandera y el peón. Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la nación que asomaba".





17 de
octubre de
1945.

Fuente: AGN

Sin lugar a dudas no hubiera habido peronismo sin Perón, sin su genio y compromiso, pero este no sería el “hecho maldito”, como lo definiera Cooke, sin esa plaza desbordante de hombres y mujeres, constructores de la verdadera Argentina.

Es cierto que Perón intentó ser la expresión de los trabajadores ante la burguesía y de la burguesía ante los trabajadores. Pero durante sus 10 años de presidencia se construyó una experiencia de gobierno en la cual participaban, por primera vez los trabajadores. Y serán ellos los únicos que abrazarán, hasta sus últimas consecuencias, el proyecto nacional, popular y democrático, llamado en esta etapa: “Movimiento Peronista”.

El triunfo electoral y el Partido Laborista

A pesar de las debilidades estructurales de las representaciones partidarias, que en general se encontraban en la vereda de enfrente, Perón optó por asumir la construcción de su legitimidad a través de las elecciones para llegar al Gobierno de la Nación.

Pudo llegar a utilizar esa insurrección popular como fundamento para concretar un nuevo golpe militar; sin embargo, una y otra vez en la historia, defendería aquel camino de profundización de la soberanía del voto para mantener su gobierno de manera estable y dentro de las normas constitucionales.

Al calor de aquella multitudinaria marcha, y ya lanzados a la arena electoral, se hizo consciente la orfandad de representación institucional, y emergió la necesidad de crear un partido propio.

Va a ser el movimiento sindical el que asuma la experiencia de llenar ese vacío y encarar la confrontación y construcción de la victoria electoral del 24 de febrero de 1946. Una experiencia que vale la pena conocer y profundizar, a pesar de lo poco que se ha investigado.

Elena Susana Pont nos introduce, a través de su libro *Partido Laborista: Estado y Sindicatos*, en la fundación del partido, en las contradicciones entre la necesidad de construir la autonomía política de la clase, manteniendo los objetivos del Gobierno, y la autonomía sindical, garantía permanente y única de los intereses sectoriales de los trabajadores.

Es en esta etapa cuando las estructuras sindicales resuelven de manera efectiva la construcción de una herramienta electoral, demostrando en su corto tiempo de existencia todas las potencialidades, como así también las contradicciones entre la práctica social y las construcciones partidarias.

A pocos días de aquella jornada histórica, los compañeros provenientes de prácticas sindicales distintas, y aún con mucho temor pero presionados por la responsabilidad de la hora, se entregaron a transitar los primeros pasos de la fundación del Partido Laborista.

Es así que en la asamblea realizada ente el 1º y el 8 de noviembre de 1945 más de doscientos dele-



*Pintada del
Partido
Laborista en
camino a las
elecciones de
febrero de
1946.*

Fuente: AGN



gados de todo el país aprobaban los estatutos, la carta orgánica y su programa. Nombraron a Luis Gay (Foetra) como presidente y a Cipriano Reyes (Carne) como vicepresidente, completando con muchos dirigentes los cargos de la nueva conducción: Montiel, Monsalvo, Pedrea y Otero entre otros.

Un dato innovador y audaz fue abrir la afiliación a las organizaciones sindicales como tales, además de poder hacerlo sus dirigentes en forma individual.

Lo que trajo aparejado determinar de qué forma participarían, qué representación tendrían, o el valor de sus votaciones, consideraciones que indicaban el intento de preservar lo más fidedignamente posible el mandato de los trabajadores y de no subordinarse a una estructura donde primaran las viejas prácticas politiqueras que habían enfrentado en la última década tan directamente.

Intentaban fortalecer el protagonismo de los trabajadores en un marco donde se comenzaban a ampliar las alianzas, por ejemplo con la incorporación de los sectores de la UCR, no exentos de desconfianza por sus orígenes anti-obreros.

No obstante, la campaña crecerá de manera vertiginosa y a los pocos días de de la fundación del Partido, se organizan en cada localidad las representaciones partidarias, dándole dimensión nacional y transformando a los sindicatos en verdaderas células de rebeldía popular que garantizarían el triunfo electoral.

La campaña será atravesada por dos factores claves concurrentes: mantener las conquistas alcanzadas y la lucha por una identidad nacional emergente.

El primero de ellos quedó más claro cuando el 13 de enero, en plena campaña electoral, los patrones convocaron a un *lock-out* para repudiar los aumentos de sueldo del decreto Ley 33.303, las indemnizaciones en caso de despido y el pago del aguinaldo. Esa acción de los sectores dominantes oficiaba de elemento aglutinante fortaleciendo en los trabajadores la convicción, aun ante las dudas preexistentes, de que era el tiempo del todo o nada.

El segundo factor se agigantó con más nitidez cuando se publica el *Libro Azul* de Spruille Braden, profundizando sus ataques a Perón y convirtiendo su respuesta, a través del *Libro Blanco*, en un eje fundamental de la campaña electoral. Y transformando la legendaria consigna BRADEN o PERÓN en un referéndum sobre la Soberanía Nacional.

Y en las elecciones más limpias de las que se tengan memoria, reconocido por la oposición inclusive antes del conocerse el escrutinio final, se estableció el siguiente resultado:

Perón-Quijano 1.479.511 votos; Tamborini-Mosca 1.210.822 votos. El triunfo fue por 268.689 votos de diferencia.

Comienza la experiencia de gobierno

El 4 de junio de 1946 asume la presidencia el General Perón, acompañado por una representación amplia de sectores sindicales. No sólo se incorporan al Gabinete los compañeros Ángel Gabriel Borlenghi como Ministro del Interior, Juan Atilio Bramuglia como Canciller y José María Freire como Ministro de Trabajo y





*Acto de la
Unión
Democrática
frente al
Congreso de la
Nación,
diciembre de
1945.*

Fuente: AGN

Previsión. También en los ejecutivos provinciales y en todas las legislaturas asumen dirigentes sindicales, transformándose en un factor real de poder en las decisiones gubernamentales.

El sentimiento de pertenencia crece por esta representación y por la concreción de las conquistas que se irán sucediendo. En los próximos tres años se alcanzará la máxima participación en la distribución de los ingresos de todos los tiempos, que algunos llegan a cuantificar en más del 50 % para los asalariados.

Hay que sumar los cambios fundamentales en la construcción de la cultura del trabajo y la emergencia de la dignidad de los que generamos la riqueza de la Patria. Un piso del cual no podrán hacernos retroceder los representantes de las clases dominantes.

Quizás sea en esta primera etapa donde se desatan las fuerzas obreras nacionales populares en su máxima expresión hasta culminar con la consagración de la nueva Constitución Nacional en 1949.

Si en dicha Constitución se pudieron plasmar los derechos de los trabajadores, de la ancianidad y de la niñez, fue porque ya se habían modificado en la práctica cotidiana las relaciones de fuerza de la sociedad y se habían establecido nuevas pautas económicas, sociales y culturales.

Por eso es imprescindible destacar que desde el 46 al 49 se produce la mayor movilización social de los trabajadores, que luchan por alcanzar niveles de vida y libertad hasta entonces soñados, pero nunca alcanzados.

Las huelgas y paros crecerán de una manera exponencial sólo comparable al período del primer gobierno de Irigoyen. Vuelve a ser cierto eso de

que a mayor legalidad, mayor protagonismo y se profundiza y amplía la organización de las fuerzas populares.

En este tiempo veremos crecer a los sindicatos de manera exponencial pasando de 537.474 a 1.992.404 los trabajadores afiliados a la CGT en 1950.

También veremos los avances legales que permiten la estructuración del motor del cambio: la constitución y legalización del “Comité de delegados de empresa”, quizás la estructura más revolucionaria del proceso abierto en el 45. Comisiones internas que representaban a los trabajadores ante la patronal y/o el sindicato y que se irán constituyendo en la célula fundamental de la transformación peronista.

Las formas institucionales nuevas, que como el Partido Único de la Revolución sacuden los cimientos de la “autonomía”, o la aparición de la referencia indiscutida de Eva Duarte de Perón, “Evita”, como expresión política de los trabajadores a partir de su asunción en la Fundación que llevaba su nombre y desarrollaba la tarea social.

Sin duda, esto traerá aparejado contradicciones entre los intereses de los trabajadores, la estructura sindical, la representación partidaria y el interés del Estado.

Intereses confluentes o contrapuestos que exigen una adecuada interacción para no terminar en confrontaciones que pueden ser, y de hecho lo son, utilizadas por el enemigo para desestabilizar los procesos de cambio en marcha.

Pero más allá de todas esas vivencias comenzaba la etapa de los años felices, del desarrollo de los sueños colectivos. Los trabajadores abrazarían





la Identidad Peronista, la expresión de unidad más alta del conjunto de la clase obrera argentina que marcaría los tiempos por venir.

El primer encontronazo

Tras la hazaña del triunfo electoral, el Gobierno, priorizando los intereses del Estado, plantea la unificación del mando político produciendo el primer encontronazo con quienes habían garantizado el triunfo: los sindicatos. Propone la conformación de un solo partido al que se incorporarían las distintas fuerzas que motorizaron el triunfo: el Partido Laborista, la Junta Renovadora Radical y el Partido Independiente (liberal) para lo cual se procedía a disolver las fuerzas existentes.

Se crea así el Partido Único de la Revolución Nacional, antecedente de lo que después será el Partido Peronista luego devenido en un movimiento con sus distintas ramas.

No fue fácil ese primer tramo pues hubo intentos ciertos de resistir la disolución del Partido Laborista. Y vale la pena asistir a los debates de los cuadros más encumbrados acerca de lo que ello significaba.

Gay y Reyes, entre otros dirigentes sindicales y más de 30 legisladores nacionales, reivindicaban casi como un principio ideológico la necesidad de que los trabajadores tuvieran la suficiente autonomía no sólo para apoyar, sino también para controlar el proceso abierto a partir de la ascensión de Perón.

Pero la mayoría de los dirigentes que habían construido el Laborismo sólo lo veían a este como una “herramienta electoral”, que una vez logrado el objetivo de instalar a Perón en el Gobierno, podía incorporarse sin más a la gran unidad de las fuerzas que la etapa requería y que el presidente expresaba y garantizaba.

Como lo declaraba con toda sinceridad un dirigente: “Lo fundamental era preservar la autonomía en lo sindical, pues los sindicatos los vamos a tener siempre, siempre van a estar en la lucha en defensa de los intereses profesionales”.

Era, a no dudar, lo más importante. La autonomía sindical estaba precedida de más de 70 años de construcción y la autonomía partidaria sólo se expresaba en algunos meses de experiencia de constituido el Partido Laborista. Se arrastraba además la desconfianza de las representaciones partidarias.

Sin embargo, seguirían las pulseadas. Mucho más claramente cuando el que fuera presidente del ya disuelto Partido Laborista, Luis Gay, es elegido secretario general de la CGT.

Hubo que elegir a un nuevo secretario general pues Silviero Pontieri, de arraigados conceptos sindicalistas revolucionarios y jefe de la bancada oficialista, había renunciado en aras de la autonomía de la CGT.

No fue una actitud mayoritaria, pues la gran cantidad de legisladores y funcionarios participantes no renunciaron a sus cargos sindicales.

Era sabido por los delegados del Congreso de la CGT que Perón alentaba a al ministro Borlenghi para ese cargo, y hasta el propio Gay había manifestado sus dudas:

“Yo les dije con toda claridad, ustedes me señalan el puesto de una brigada de choque, de una brigada casi suicida porque aquí va a producirse un choque con el Gobierno inevitablemente; bueno ustedes piénsenlo, piénsenlo bien, y si ustedes insisten, si creen que es una necesidad, yo aceptaré por imperativo del deber. Ellos insistieron, y yo fui secretario general de la CGT”.

No obstante, los delegados lo eligieron en primer lugar entre los tres postulantes. Borlenghi, un prestigioso dirigente mercantil, sacó sólo tres votos porque no se aceptaba la designación o el visto bueno del Gobierno. Doce correspondieron al telefónico Luis Gay y 10 a Juan Rodríguez de la Unión Ferroviaria.

En el Congreso sería elegido Gay y también le pasarían factura a los compañeros ferroviarios por



su rol dudoso durante la huelga del 45 y por su hegemonía durante tanto tiempo en los cargos de conducción.

Este gesto de autonomía se profundizó al organizar al bloque de diputados provenientes del sector sindical.

En definitiva, la disolución del Partido Laborista no significó la anulación de la influencia y participación de los sindicatos y la CGT en el Gobierno, pero sí su canalización en forma vertical hacia las estructuras del Estado. No negándolas sino intentando arbitrar en función de los intereses generales que se atribuía el Gobierno.

Esta participación se tradujo en nombramientos en todas las dependencias del Ministerio de Trabajo, como era de suponer, pero también en todos los organismos de decisión fundamental de políticas públicas. Por ejemplo, se incorpora a la CGT al Consejo Nacional Económico que reemplazó al Consejo de Posguerra.

Se nombran también a representantes de los sindicatos sectoriales en las conducciones estratégicas de las empresas estatizadas llegando, en algunos casos, a nivel de conducción compartida y se incorporara a la CGT a las reuniones de Gabinete.

Más adelante, ya con el protagonismo de Eva Perón, esta incidencia también se reforzaría en todas las esferas del campo social y hasta en política internacional con la conformación de los agregados obreros en las embajadas.

No obstante al poco tiempo se profundizará la confrontación, y tras una campaña de desprestigio de aquellos dirigentes se elegirá a otro secretario general que asumirá el 8 de febrero de 1948: el Compañero Aurelio Hernández, trabajador de la industria química.

Nadie nos regala nada. Los Comités de Empresa y las huelgas obreras

A partir de allí, será la CGT la que legalizará las movilizaciones, huelgas y la organización del poder estructurado en el propio sector de trabajo con la creación y fortalecimiento de los Comités de Empresa, motor de la fuerza autónoma de los trabajadores para alcanzar las reivindicaciones más altas en nuestra historia.

De alguna manera, los dirigentes relegaron la construcción de autonomía partidaria a través de la estructuración de un partido de clase para fortalecer la autonomía del sindicato; decisión que en los

primeros años se vigorizó y generó la fuerza suficiente para llevar adelante y concretar las aspiraciones de los trabajadores.

Se profundiza la lucha en las distintas actividades, como lo expresan los pocos estudios existentes y pormenorizados, y comienza una disputa directa por la productividad y rentabilidad con los sectores dominantes hasta ese momento. Disputa que marcará la etapa del primer gobierno peronista hasta la crisis económica de 1952.

El grueso de las disputas, dirá Louise Doyon, responde al “objetivo de ampliar los derechos de los trabajadores mediante la obtención de concesiones salariales y laborales” que en la mayoría de los casos terminaba con éxito para los trabajadores.

El Estado disponía de muchas herramientas para incidir y lo hacía claramente a favor de los empleados.

Sería largo enumerar todas las huelgas realizadas, pero vale la pena mostrar un breve resumen de las mismas, sus contenidos y consecuencias.

Y lo hacemos porque hubo un deliberado ocultamiento de todo este proceso debido a dos razones:

1. Intentan deformarnos culturalmente encubriendo que las conquistas también fueron logradas por la lucha de los trabajadores y no derramada sólo por la gracia de un gobierno popular.

Quienes aprendimos desde siempre que nadie nos regala nada, husmeamos hasta encontrar la verdad y hallamos que fue aquella la época de mayor cantidad de paros, huelgas y movilizaciones realizadas en nuestra historia.

También somos conscientes, como lo reconoció casi toda la clase trabajadora y la mayoría del pueblo en las elecciones de 1951, cuando el peronismo arrasa, que el Gobierno utilizó su “legalidad” para alimentar y concretar los deseos y esperanzas de las masas en nuestro país.

2. Significará rescatar la existencia de los Comités de Empresa -comisiones internas-, verdadero órgano de poder de los trabajadores que nació en esos primeros años y que, como veremos más adelante, fueron considerados por los dueños del poder como su verdadero enemigo.

En su impresionante trabajo de investigación, Louise Doyon con la ayuda de archivos sindicales, documentos oficiales y entrevistas a destacados líderes sindicales de esa época logra presentar el retrato más acabado de esa decisiva transforma-



ción “que hizo que el movimiento obrero se afianzara como un factor de poder por derecho propio adquiriendo una gravitación en las políticas públicas en un nivel nunca antes alcanzado”.

Las luchas y huelgas del 46 al 49

Hemos aprendido a revalorizar la importancia de la legalidad para efectivizar una acción de masas, pues si bien es cierto que el heroísmo se manifiesta en las luchas obreras aún en tiempos dictatoriales, fue el cambio de toda la legislación laboral que alentaba a los trabajadores y garantizaba la estabilidad de los delegados en el sector de trabajo, y el cambio de las actitudes de los niveles gubernamentales, lo que permitió que la organización sindical creciera como nunca antes.

El cuadro que reproducimos muestra a las claras dicho salto.

Cuadro de Afiliación			
	1945	1948	1950
Industrial	218.518 (100%)	795.752 (374%)	1.088.781 512
Transportes	194.570 (100%)	306.977 (158%)	311.623 (166%)
Servicios	130.326 (100%)	430.196 (330%)	592.000 (454%)
Total	537.414 (100%)	1.532.925 (285%)	1.992.404 (371%)

Como podemos ver, no sólo es exponencial el crecimiento del conjunto, sino que se producen reacomodamientos en los sectores principales dentro de la estructura del sindicalismo.

Se destaca la trascendencia del sector industrial en detrimento del transporte y la vigencia del sector servicios; estos últimos, precursores del movimiento obrero organizado.

Y serán estas organizaciones del sector industrial las que lleven adelante la mayor cantidad de conflictos (paros, movilizaciones, trabajo a reglamento, etc.) ratificando, una vez más, que siempre la organización y la resolución de los conflic-

tos hace crecer la afiliación. Con la participación en el conflicto se crece y con la ilegalidad se decrece.

A los efectos de tener una idea de estos acontecimientos podemos señalar que en la industria de la alimentación (frigorífica, azucarera y de panificación) se registran las luchas más numerosas de estos años.

Es de destacar que no se dan sólo en la capital donde la presencia del Ministerio de Trabajo ayudaba a las resoluciones favorables, sino también en Mar del Plata, Tucumán Salta y Gran Buenos Aires.

Es importante para nosotros recordar la lucha del Ingenio La Esperanza, que despidió a más de 3.000 compañeros por quiebra y tuvo que resolverse con la participación del Estado. El ingenio sobrevive hasta hoy, gracias a la lucha de los trabajadores.

La Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar (FOTIA) y La Federación de Empleados (FEIA) fueron claves en las luchas de Santa Fe, Jujuy, Salta y Tucumán. No por casualidad este sector fue el que mantuvo una incidencia directa y permanente en la conducción del peronismo. Hay que recordar que se opusieron a la disolución del Laborismo y disputaron y ganaron con candidatos propios las elecciones internas del movimiento en 1947.

Las luchas comenzaron a desarrollarse en los sectores textiles, petroleros y metalúrgicos. Fue precisamente la UOM la que firmaría en 1947 el Convenio Colectivo más avanzado para la época.

Es cierto que el Gobierno jugaba fuerte en esta área, tanto en su papel de inversionista como en el de propulsor de créditos para las actividades promocionadas. Pero a diferencia de todas las otras épocas, el Ministerio de Trabajo abogaba por que se cumpliera con los reclamos de los trabajadores.

También, aunque en menor escala, hubo huelgas de transporte en Córdoba, La Plata y Mar del Plata; de los municipales de Santa Fe y de los trabajadores de Mendoza que se sumaban a estas luchas.

Paran los petroleros del SUPA en el puerto, paran también los bancarios y ganan la lucha, a pesar de que su huelga es declarada ilegal. El comité electo durante el paro será reconocido como la nueva autoridad del sindicato.

Estas últimas, y algunas otras, tenían una impronta no sólo reivindicativa sino también de oposición al Gobierno, pero no alcanzan a teñir a la





mayoría de las luchas realizadas esos años. Por el contrario, la inmensa cantidad de las acciones eran conducidas o promovidas por sindicatos o dirigentes peronistas, que querían convalidar las reivindicaciones o avanzar en las conquistas para los trabajadores.

De la alianza de la lucha de los trabajadores y la legalidad gubernamental, emergían los Convenios Colectivos como la forma en que dentro de un estado de derecho arbitrado se avanzaba en la conquista de las reivindicaciones.

Surgió el concepto “Conciliación Obligatoria” que permitía la injerencia directa del Estado en la mediación de los intereses “corporativos” erigiéndose en representante de la comunidad para garantizar los derechos de todos.

Los Convenios Colectivos eran certificados y homologados por el Ministerio de Trabajo y adquirían fuerza de ley extendiendo su validez a toda la actividad. Esto redundaba a favor de los sectores más débiles de la organización que se beneficiaban con la lucha y la fortaleza de los representantes más constituidos.

El Gobierno y el propio Perón manifestaban una preocupación especial por demostrar que era posible un nuevo sistema de relaciones laborales donde los antagonismos de clase se pudieran conciliar a través de una activa supervisión del Estado.

Las conquistas, se suman...

Fueron años de avances impresionantes en la calidad de vida de los trabajadores y del pueblo y,

por supuesto, en el desarrollo de los intereses nacionales.

El libro *La Nación Argentina. Justa. Libre. Soberana*, editado en 1950 en homenaje al centenario del fallecimiento de General José de San Martín, refleja de manera clara y sencilla aquellos avances. (Ofrecemos con este fascículo una breve reseña de aquella publicación de más de 800 páginas).

Pero es interesante tratar de ver cuáles eran esas conquistas.

El principal tema que se esgrimía en la lucha era el tema salarial y, año a año, se alcanzaba una ostensible mejora; hasta llegar al famoso “fifty-fifty”, 50% para los patrones y 50% para los obreros en el reparto de la renta nacional.

Se aumentó por lo tanto el salario real y, paralelamente, se fueron incorporando cláusulas laborales.

Es cierto que también se favorecía al tan mentado desarrollo del mercado interno de la economía peronista. Los mayores sueldos producían una mayor demanda de productos, que debían ser satisfechos por el desarrollo de las industrias, que a su vez generaban más puestos de trabajo y volvían a generar mayor riqueza continuando con el “círculo virtuoso”.

Círculo virtuoso, que recién entendí, viendo y discutiendo *Actualización doctrinaria*, filmada por el grupo de cine Liberación, (Pino Solanas, Octavio Gettino y Gerardo Vallejo), donde escuchábamos a Perón explicar con gran naturalidad y sencillez el ABC de la economía.

Se avanzó en modificaciones sustanciales en las normas laborales y en las mejoras de las condiciones de trabajo.



Primer
ejemplar
original de la
Declaración de
los Derechos
del Trabajador
entregado por
Perón al
secretario
general de la
CGT el 24 de
febrero de
1947.

Fuente: AGN



Las cláusulas de seguridad laboral e higiene eran de avanzada, y si bien no alcanzaron formalmente el control sobre los ritmos y formas de la producción, esto comenzó a efectivizarse de manera práctica.

Las vacaciones, el aguinaldo, las ocho horas diarias de trabajo se respetaban de manera concreta. Así como los avances propios de los convenios y los escalafones que permitían garantizar remuneración justa para igual tarea, impedir la discriminación o el autoritarismo de las patronales o los jefes.

Se sancionaron los Estatutos, entre otros, el del personal de telegrafía y el hasta hoy debatido Estatuto del Periodista Profesional.

Se conformaban organismos tales como La Comisión de Trabajo Rural en el ámbito del Ministerio de Trabajo donde los representantes gremiales lograban discutir con los sectores patronales del campo las políticas a resolver.

Se formaba también la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional para atender y controlar las escuelas de aprendices en las fábricas y para instituir la Universidad Obrera Nacional creada por Ley.

Se creó el Instituto Nacional de Remuneraciones, encargado de formular una política de equiparación de salarios al costo de vida que llegó a establecer la participación de los trabajadores en las ganancias de las empresas.

Ni qué decir sobre los despidos o traslados que

debían ser consensuados y, a veces, aprobados por los delegados.

Se alcanzó licencia con goce de sueldo por examen, por matrimonio y por muerte de un familiar.

Se discutió y se consiguió el reconocimiento de la antigüedad y de la asignación familiar por hijo.

Como vemos en nuestras conquistas de hoy, somos usufructuarios de las luchas de aquella época y, sobre todo, de las fortalezas de esas comisiones internas, la herramienta más revolucionaria en el propio ámbito donde se genera la riqueza: la empresa.

Éstas se transformaron en la representación diaria del sindicato en el lugar de trabajo, pero también ejercían la representación de los trabajadores ante las estructuras dirigenciales del sindicato. Este ida y vuelta permitía un debate permanente de las necesidades y acciones de los trabajadores.

Se sumaba a esto el desarrollo de los derechos previsionales, el crecimiento de la educación, de la salud. En definitiva, una nueva Argentina, un nuevo modelo de país y sociedad plasmado y legalizado con la sanción de la Constitución de 1949.

La nueva Constitución

Quizás la gran diferencia entre los gobiernos reformistas y los revolucionarios sea que los primeros se manifiestan dispuestos a administrar el Estado sin cambiar las relaciones estructurales que lo configuraron y consagraron en las constituciones, impuestas a sangre y fuego por la oligarquía proimperialista. Los segundos, por su parte, cambian las estructuras del Estado al unísono con las relaciones estructurales de la sociedad.

La Constitución del 49 se incorpora a esta última y a las experiencias del Constitucionalismo Social, tan trascendente para el período.

El suplemento que acompaña este fascículo, *La Nación Argentina. 1950*, muestra la magnitud de las conquistas alcanzadas y lo realizado en la construcción de soberanía popular y nacional; permite, además, apreciar la dimensión de lo que se estaba forjando y que iba a culminar con la reforma de aquella Constitución Liberal del 53, parida en la guerra fratricida.

El cambio de las relaciones de fuerza en la comunidad tanto en lo sindical como en lo económico, social y cultural es lo que posibilitó la Reforma del 49.





Concentración en Plaza Congreso durante la jura de la nueva Constitución el 16 de marzo de 1949.

Fuente: AGN

A partir del Primer Plan Quinquenal se realizaron las nacionalizaciones de sectores claves de la economía. En el área del Transporte, por ejemplo, fueron nacionalizados los ferrocarriles y la flota fluvial y, además, se funda entre otros, el Astillero Naval del Estado.

En el área Energética, se nacionalizan las empresas de gas y de luz y se crean YCF (Yacimientos Carboníferos Fiscales) y la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA).

Podríamos seguir enumerando hechos de esta magnitud como la “nacionalización” de la conducción del Banco Central (hasta ese entonces ejercida por representantes de los bancos extranjeros radicados en nuestro país).

Los trabajadores estaban tan identificados con estos hechos que hasta hoy se festeja el “Día del Trabajador Telefónico” el 18 de marzo, y el del “Día del Trabajador de Gas” el 5 de marzo, días en que fueron nacionalizadas dichas empresas. Ratiﬁcando de qué manera se asocian la dignidad del trabajador con la dignidad de la emancipación nacional que recorría la Argentina por aquellos años.

Así se llegó al 11 de marzo de 1949 cuando el presidente de la Comisión Redactora, Arturo Sampay, Convencional Constituyente por la Provincia de Buenos Aires, cumplió un papel central y hoy recibe como premio ser uno de los “malditos” de nuestra historia.

Constitucionalista prestigiado, pero olvidado en los ámbitos académicos, tuvo la osadía de ponerse al servicio del proyecto nacional y popular y con-

sagrar derechos fundamentales nacidos y alcanzados al calor de la lucha popular.

La Constitución del 49 fue producto de la incorporación años antes del Salario Mínimo, Vital y Móvil, del aguinaldo, de la legalidad de la organización sindical y del protagonismo de los trabajadores aquel 17 de Octubre del 45.

La Constitución del 49 estuvo influida por la Constitución Italiana del 47 que definía a Italia como una República Democrática fundada en el trabajo y cuyo deber era garantizar la efectiva participación de todos los trabajadores en la organización política y social del país. Bajo ese espíritu se sancionaría el artículo 37 de nuestra constitución.

En él se reglamentan todos los derechos del trabajador, desglosando en sus incisos explícitamente todos los derechos establecidos en el famoso artículo 23 de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre (1948).

El texto establece el derecho a una retribución justa, a condiciones dignas de trabajo, a la capacitación, a la preservación de la salud, al bienestar, a la seguridad social, a la protección de la familia y al mejoramiento económico.

El derecho a la defensa de los intereses profesionales, de agremiarse libremente y de participar en actividades lícitas tendientes a la defensa de los intereses profesionales, constituyen atribuciones esenciales de los trabajadores que la sociedad debe respetar asegurando su libre ejercicio y reprimiendo todo acto que pueda dificultarlo o impedirlo.





Arturo Sampay, en el Informe del Despacho de la mayoría de la Comisión Redactora de la Constitución, señalaba que “La Constitución de 1853 no reconocía al obrero sus derechos porque la prestación de trabajo se incluía en la libertad de comercio, es decir el trabajo era una mercancía y el nuevo texto constitucional incorporaba el principio de respeto por la dignidad personal del obrero”.

Se sancionaban también los derechos de la ancianidad, el derecho a la asistencia, a la vivienda, a la alimentación, a la salud física, al cuidado de la salud moral, al esparcimiento, al trabajo, a la tranquilidad y al respeto.

El artículo 40 de la Constitución de 1949 era la ingeniería constitucional para llevar a la práctica las banderas del peronismo y del pueblo argentino: “...la organización de la riqueza y su explotación”.

Dicho artículo tiene por fin el bienestar del pueblo dentro de un orden económico y conforme a los principios de la justicia social. “Para eso”, dice expresamente, “...el Estado, mediante una ley, podrá intervenir en la economía y monopolizar determinada actividad, en salvaguardia de los intereses generales y dentro de los límites fijados por los derechos fundamentales asegurados en esta Constitución...”, “...los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedad imprescriptibles e inalienables de la Nación...”, “...los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación. Los que se

hallaran en poder de particulares serán transferidos al Estado, mediante compra o expropiación con indemnización previa, cuando una ley nacional lo determine...”.

La constitución introdujo un artículo que define “...la función social de la propiedad, el capital y la actividad económica...”. Para garantizar ese concepto, en el artículo 38, se estableció que “...la propiedad privada tiene una función social y, en consecuencia, estará sometida a las obligaciones que establezca la ley con fines de bien común...”.

Para la Constitución de 1949, el Estado controla e interviene con políticas directas sobre los mercados económicos. El artículo 39 afirmaba que “...el capital debe estar al servicio de la economía nacional y tener como principal objeto el bienestar social. Sus diversas formas de explotación no pueden contrariar los fines de beneficio común del pueblo argentino...”

Es, como diría Hernández Arregui, la cristalización de la “conciencia nacional”, que se sintetiza en la parte dogmática cuando el Preámbulo establece, entre los fines del Estado, la “irrevocable decisión de constituir una Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana”.

Y lo más grande de todo: ¡se estaba haciendo!

El derecho a la huelga no fue incluido en la Constitución del 49. Esto generó un gran debate. Algunos lo consideraron un cercenamiento de la misma y criticaron su ausencia. Otros, como Arturo Sampay, pensaban que “ser un trabajador implica tener el derecho natural de la Huelga, y éste no debe ser siquiera reglamentado”.





Evita

Cómo expresar la trascendencia y el protagonismo para el movimiento obrero, la CGT y fundamentalmente para los trabajadores, de la “abanderada de los humildes” en la construcción y debate que nos movilizaban en aquellos tiempos a los trabajadores.

Intuitivamente, siempre asimilé la actitud, militancia y relación de Evita con Perón, a la del Che con Fidel. Sin lugar a dudas tanto una como el otro hoy son mitos que escapan al horizonte de la muerte y sobrevuelan la inmortalidad fecunda de la memoria de los pueblos del mundo, más allá de lo inimaginable.

Ambos se constituyeron en protagonistas con el otro. Se puede concebir a Perón sin Eva, pero no al revés.

Sentí lo mismo, cuando escuche a Fidel leer la carta de despedida del Che, conocida luego de su muerte, en la que le agradecía haber podido comprender la lucha nacional y protagonizarla con su amado pueblo de Cuba.

Esas muertes jóvenes truncaron aportes pero también abrieron paso a la grandeza del amor y los recuerdos de los pueblos. Es difícil expresar brevemente todo lo que significaban.

Imaginemos ese 22 de agosto de 1951 cuando todo el pueblo trabajador, después de meses de intentar instalar la fórmula Perón-Perón, se retiraba confundido por no tener una respuesta cierta de la boca de la misma Eva a la esperanza de

consolidar la revolución en marcha por la que peleaban.

En febrero de ese año, los gremios comienzan a exigirle a la CGT la candidatura de Evita para la vicepresidencia, demanda que fue creciendo hasta explotar después del lanzamiento de la fórmula Balbín-Fronzizi, por el radicalismo.

Era la culminación de una relación construida en los años de auge, de luchas y concreciones que parecían imposibles de alcanzar.

Durante esos años, Eva se fue transformando no sólo en la intermediaria de la relación de Perón con los trabajadores sino también en la representación política de los trabajadores, junto a Perón.

Los dirigentes sindicales, como vimos, resignaron autonomía partidaria tras la liquidación del Laborismo y se dedicaron a fortalecer las autonomías sindicales y el desarrollo organizativo de la CGT. Eva, por su parte, construyó donde las estructuras gremiales no alcanzaban a llegar.

Los trabajadores eran contenidos por sus sindicatos pero aquellos que quedaban fuera del mercado laboral, necesitaban otras formas para reclamar y ejercer sus derechos.

Por eso el 8 de Julio de 1948 crea la Fundación, financiada con aportes voluntarios de distintas personalidades, encabezadas por ella, y los aportes de los trabajadores por los descuentos de los días no laborables (1° de mayo y 17 de octubre).

Comienza entonces una obra monumental: hogares de ancianos, pensiones a la vejez, nuevos barrios, la Ciudad Estudiantil en la Capital Federal,



Fundación Eva Perón. A la izquierda, la sonrisa de los únicos privilegiados. Derecha: la labor llegaba a los países hermanos, en la foto misión a Colombia.
 Fuente: AGN



La República de los Niños en Gonnet, hogares para madres solteras, colonias de vacaciones, reparto de ropa, comida, alimentos, juguetes, becas y subsidios.

Asociada a otro grande, el Dr. Ramón Carrillo, revolucionaron la salud popular. Construyeron en pocos años 21 hospitales con 22.000 camas, organizaron “El tren sanitario” y lanzaron planes masivos de educación sanitaria.

Los famosos “Campeonatos Infantiles Evita” fueron competencias deportivas que permitieron hacer miles de fichas medicas a niños de todo el país, atenderlos adecuadamente y concretar campañas masivas de vacunación que erradicaron enfermedades sociales endémicas.

La Fundación comenzó trabajando en el Correo Central trasladándose luego a las oficinas del Ministerio de Trabajo. Es allí donde la presencia viva de Evita se hizo sentir en cada negociación colectiva de los trabajadores.

En el triunfo o en la dificultad, conformaron con su amigo Espejo un tándem fundamental para incidir en las políticas públicas de Perón.

Esa mediación era aceptada por todos... y crecía.

Cada miércoles, Eva acompañaba a delegaciones de trabajadores de las provincias a las reuniones en la Casa Rosada, convirtiéndose en la adoctrinadora preferida de los trabajadores y en la voz más firme de la mística y los postulados revolucionarios. Y sin concesiones, lo que por supuesto a tantos molestaba.

Hay que leer sus ideas fundamentales, dictadas en el tiempo vertiginoso en que se le escapaba la vida, que están tan brillante y claramente expuestas en su libro *Mi Mensaje*.

Como muestra, les decía a los trabajadores y a aquellos que la acusaban de promocionar las confrontaciones en su tarea diaria en el Ministerio:

“Yo no auspicio la lucha de clases. Pero el dilema nuestro es muy claro. La oligarquía que nos explotó miles de años en el mundo tratará siempre de vencernos. Con ellos no nos entenderemos nunca porque lo único que quieren es lo único que nosotros no podemos darles jamás: nuestra libertad. Lo fundamental es que los hombres del pueblo, los de la clase que trabaja, no se entreguen a la raza de los oligarcas, de los explotadores. Todo explotador es enemigo del pueblo. La justicia exige que sea derrotado”.

Por eso no es menor la pulseada con que la CGT va a confrontar con las dos corporaciones que en el 45 se habían expresado aliadas con Perón, pero que van a ir constituyéndose en referencias de los sectores del privilegio que no aceptan las transformaciones realizadas: la Iglesia y las Fuerzas Armadas.

No es menor el intento de los trabajadores aquel 22 de agosto del 51 por proclamar la fórmula. El cartel del acto lo expresaba claramente “Perón-Perón, 1952-1958, la fórmula de la patria” y los gremios se habían movilizado durante semanas.

El renunciamiento de Eva no puede atribuirse a su enfermedad, ya que el vicepresidente propuesto en su reemplazo, Hortensio Quijano, estaba muy enfermo, a tal punto que falleció antes de asumir.

Fue tan fuerte la jugada que no se puede obviar que el 1° de Mayo siguiente en la Plaza, luego de la muerte de Evita, José Espejo recibiría una silbata de la cual no se repondría, dejando la conducción de la CGT.



Muchos años después, Juan Jiménez Domínguez, primer secretario general de la Unión de Docentes Argentinos y colaborador personal de Evita, comentó que “ después de la muerte de ella, estando de nuevo al frente de mi gremio, me vino a visitar José Espejo, quien había sido durante años Secretario General de la CGT. Venía a pedirme ayuda: un trabajo que necesitaba para poder subsistir. Si eso no es una prueba de que había sido honesto en su gestión....”

Duro golpe a las esperanzas de construcción de autonomía del movimiento obrero que iba a oscurecerse aún más; no sólo por la irremediable enfermedad de Eva sino por los intentos de golpe militar.

El 28 de septiembre de 1951 se produce un levantamiento a las órdenes del General Menéndez. La CGT responde de inmediato con un paro nacional y concentración en Plaza de Mayo para defender al gobierno democrático y popular.

Escribiría Evita en *Mi Mensaje*: “Aquel día, 28 de septiembre, yo me alegré profundamente de haber renunciado a la vicepresidencia de la República el 22 y el 31 de agosto. Si no, yo hubiese sido otra vez el gran pretexto. En cambio, la revolución vino a probar que la reacción militar era contra Perón, contra el infame delito cometido por Perón de entregarse a la voluntad del pueblo, luchando y trabajando por la felicidad de los humildes, en contra de la prepotencia y de la confabulación de todos los privilegios con todas las fuerzas de la antipatria”.

Ella misma convocó nuevamente a su amigo José Espejo, y con un grupo de suboficiales, se encargó de comprar cinco mil pistolas automáticas y mil quinientas ametralladoras con sus municiones correspondientes para formar las milicias obreras de autodefensa.

Abrió un debate a su estilo, sobre cómo enfrentar esa realidad de fuerzas armadas en disputa. Debate no sólo al interior de las organizaciones sindicales, sino también del propio Gobierno.

Tras el rotundo triunfo electoral y su muerte tan pronta, las armas fueron a parar al Arsenal Esteban de Luca y el tema de las milicias fue olvidado (hasta los bombardeos a la Plaza de Mayo por la aviación naval).

Pronto su cuerpo descansaría en la CGT, donde se la sentía como la garantía de la mística antipatronal, antioligárquica, clasista y revolucionaria que expresaba los sentimientos anidados en el corazón de aquellos que parieron el peronismo aquel 17 de Octubre, inmortal como ella.

Evita

ALGUNOS PENSAMIENTOS

Hay que cuidarse de ellos: son los peores enemigos del pueblo porque han renegado de nuestra raza. Sufrieron con nosotros pero se olvidaron de nuestro dolor y gozan la vida sonriente que nosotros les dimos otorgándoles una jerarquía sindical. Conocieron el mundo de la mentira, de la riqueza, de la vanidad, y en vez de pelear ante ellos por nosotros por nuestra dura y amarga verdad, se entregaron.

No volverán jamás, pero si alguna vez volvieresen habría que sellarles la frente con el signo infamante de la traición.

Se marean y no hay que olvidar que cuando un político se deja dominar por la ambición es un ambicioso, pero cuando un dirigente sindical se entrega al deseo del dinero, de poder, o de honores, es un traidor y merece ser castigado como un traidor.

Para que no haya lucha de clase yo no creo como los comunistas, que sea necesario matar a todos los oligarcas del mundo. No, porque sería cosa de nunca acabar, ya que una vez desaparecidos los de ahora tendríamos que empezar con nuestros hombres convertidos en oligarcas, en virtud de la ambición, de los honores, del dinero o del poder.

El camino es convertir a todos los oligarcas del mundo, hacerlos pueblo, de nuestra clase y de nuestra raza.

¿Cómo? Haciéndolos trabajar para que integren la única clase, la de los hombres que trabajan.

El trabajo es la gran tarea de los hombres, pero es la gran virtud.

Cuando todos sean trabajadores, cuando todos vivan de su trabajo y no del trabajo ajeno, seremos todos más buenos, más hermanos, y la oligarquía será un recuerdo amargo y doloroso para la humanidad.

Pero mientras tanto, lo fundamental es que los hombres de mi pueblo, los que trabajan, no se entreguen a la raza de los oligarcas de los explotadores.

Todo explotador es enemigo del pueblo, la justicia exige que sea derrotado.



Congreso de la CGT de 1950. Fin de la autonomía

Sobre lo que no cabe duda es de lo monumental de lo vivido; algo que a esta altura no puede ser empequeñecido ni siquiera por la crítica, muchas veces real, de los errores cometidos en el transcurso del proceso.

Uno de ellos es el intento de control a los sectores más dinámicos del movimiento obrero a partir, justamente, del congreso de la CGT de 1950.

Se vivían tiempos de realizaciones y en este nuevo Congreso se creía estar en condiciones de explicitar el sentimiento de agradecimiento y adhesión a la doctrina y a las figuras que la encarnaban Juan y Eva Perón.

Se había ampliado la participación de los dirigentes sindicales en todos los organismos del Estado, necesitándose cada vez más capacitación y profesionalidad para el cumplimiento de esas tareas.

Las escuelas de formación sindical, la elevación de los cuadros y la dinámica de los acontecimientos muchas veces no iban de la mano de la existencia de cuadros verdaderamente fogueados.

Además, ya comenzaba a tener protagonismo una nueva camada de dirigentes sindicales que gozaban del “paraguas” del Estado para alcanzar sus objetivos.

Ya en el Congreso de la CGT en 1947 se incorpora frente al decálogo de los derechos de los trabajadores, pieza clave de las aspiraciones al ganar las elecciones del 46, el decálogo de las “obligaciones”.

Entre ellas se cuenta la responsabilidad de asumir la gestión estatal comprendiendo y asumiendo de manera criteriosa el interés del Estado.

Había que conducir los reclamos sin perjudicar los proyectos expresados en el Primer Plan Quinquenal, tratando de fortalecer la organización mediadora elegida por el Presidente para expresar los reclamos de los trabajadores: la CGT.

La formación de la Comisión de Trabajo y Conflictos permitía resolver los problemas de las organizaciones al convenir con el Ministerio de Trabajo.

La Comisión Arbitral trataba de armonizar o impedir la formación de sindicatos en las mismas actividades, como así también conformar las delegaciones regionales.

La centralización organizativa expresaba una centralidad en lo político que permitía mejorar los

recursos de la lucha y tener mayor poder ante el Gobierno al trasladar la representatividad a la CGT. Algo que trajo no pocos enfrentamientos, sobre todo ante las intervenciones de algunos sindicatos como la FOTIA y la UOCRA.

El sindicalismo realiza un cambio profundo y pasa de ser el ariete de confrontación contra el sistema al mantener la iniciativa pero asumiendo las responsabilidades de un gobierno al que sentían propio.

El vertebrador de este cambio será su secretario general, el compañero José Espejo, del Sindicato de la Alimentación.

La CGT dio un salto cuantitativo y cualitativo durante esa gestión que concluye en 1950 y se preparaba para consolidarlo como permanente en el nuevo congreso.

Para esa época la CGT estaba constituida por 5 millones de afiliados, 707 organizaciones adheridas, 92 delegaciones regionales y 167 organizaciones con representación en el Comité Central Confederal, con una poderosa presencia en todo el país, representantes sindicales en los distintos poderes y gran fortaleza financiera por los aportes de los trabajadores.

Pero lo más trascendente eran las conquistas de las que gozábamos los trabajadores que constituyeron la etapa de mayor felicidad par la clase trabajadora.

Entonces, hasta era lógico que se quisiera institucionalizar y “eternizar” la fuerza obtenida para continuar el derrotero de desarrollo y felicidad que se vivía y se proclamaba.

El Congreso de 1950 se convoca para reformar el Estatuto y ratificar los apoyos a la continuidad del gobierno de Perón.

Los debates se adelantaron en el Comité Central Confederal de la CGT reunido en diciembre de 1949.

La adhesión a la doctrina del peronismo ni se discutió, aunque esto significara tirar abajo la declaración de autonomía del sindicalismo con respecto al Estado y a los partidos políticos.

Recordemos que desde 1930 se venía discutiendo y condicionando la unidad sindical por este tema que ahora se secundariza frente al contexto de unidad alcanzado por la obtención de las conquistas para los compañeros.

“La única verdad es la realidad”, expresa una máxima del Movimiento Peronista y es aplicable a nosotros mismos. El sentimiento genuino de apoyo de los trabajadores al general Perón condicio-



naba cualquier debate de autonomía con respecto al Gobierno.

Los trabajadores se sentían contenidos en la identidad política del peronismo, más allá de algunas expresiones minoritarias respetables.

El debate, sin embargo, adquiere proporciones inesperadas con la reforma del Estatuto y más precisamente, con el artículo 67.

Éste autoriza la intervención de la CGT a las organizaciones afiliadas hasta por 90 días “cuando estuviera amenazada la armonía entre los dirigentes y los afiliados”.

Era el fortalecimiento de la cúpula frente a los poderes asegurando su unidad orgánica. Significaba la posibilidad de ser representante de los trabajadores ante el Gobierno y a su vez el peligro de convertirse en representante del Gobierno ante los trabajadores.

Es tal la discrepancia que se producen dos desechos: uno por mayoría aceptando la intervención de la CGT y otro por la minoría, que la rechazaba.

El compañero Diskin, de los mercantiles, dirá justificando su rechazo que “Las organizaciones que son miembros de la CGT son entidades autónomas y no ramas de la Confederación”.

No se recuerda otro debate tan ríspido y largo desde el mantenido el 16 de octubre del 45, trascendente para el devenir del movimiento obrero.

El Congreso se desarrolla del 17 al 19 de abril con la participación de 2.000 delegados.

La votación en este punto fue de:

Sí al artículo 67: 1.530.429 votos

No al artículo 67: 1.491.566 votos

Una paridad increíble para la época a pesar de las denuncias de haber obligado a votar a los delegados de los sindicatos intervenidos, como era el caso de La Fraternidad.

Finalmente se da por terminado el Congreso con la adhesión expresa en su preámbulo: “Que la doctrina Peronista, magistralmente expuesta por su creador, el General Juan Perón, define y sintetiza las aspiraciones fundamentales de los trabajadores argentinos y señala la verdadera doctrina con raíz y sentido nacional, cuya amplia y leal aplicación ha de forjar una Patria Justa, Libre y Soberana”, declarando al mismo tiempo a Evita como “la llama viva de la Revolución Peronista”.

La CGT se encaminaba a asumir con legitimidad el rol de Tercera Rama del Movimiento junto a la Rama Política y a la Rama Femenina, fundada por Eva Perón.

Sin embargo, no hay que observar sólo la votación sino también el empeño en mostrar que esa doctrina era continuidad de aquellos ideales de cambio del sistema y de la construcción de una sociedad socialista.

O como se sostenía en la declaración: “Que el proceso de realización tiende hacia la gradual socialización de los medios de producción y cambio, e impone al proletariado el deber de participar y gravitar desde el terreno sindical para afianzar las conquistas de la Revolución Peronista, para consolidarlas en el presente y ensancharlas en el futuro”.



No hay que olvidar la euforia que vivían aquellos sindicalistas que se sentían fuertes, confiados y que querían cristalizar la relación de fuerzas.

Íbamos a ir aprendiendo esta difícil síntesis entre la combinación y contradicción de los intereses del Estado, del Partido, de los Sindicatos y de la Clase Trabajadora y el Pueblo.

La delegación de las facultades en otros puede terminar por anular la capacidad de iniciativas autónomas para hacer frente a nuevas situaciones como se verá en los años venideros (desde la descomposición del campo socialista o la subordinación de las centrales a los gobiernos de las últimas décadas, hasta la discusión de la autonomía de la CTA) y que demuestran que el debate aún hoy está abierto.

No hay cosa más sentida y aplaudida que la definición de la identidad de clase, como cuando en una asamblea o en un acto, nos juramentamos que la CTA jamás estará subordinada a un gobierno, ni siquiera al que uno pueda haber votado.

La ATLAS.

Antes de comenzar con el desarrollo de los acontecimientos que se darán en la segunda presidencia del General Perón hasta el golpe asesino de 1955, no hay que dejar de señalar a modo de ejemplo algunas experiencias que no fueron debidamente analizadas o estudiadas, como tantas otras.

Me refiero a la fundación de la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS), al Estado “sindical” del Chaco y a la experiencia de conducción del diario *La Prensa* por parte de la CGT. Uno de los diarios de mayor tirada en ese momento, expresión de la oligarquía, que fuera expropiado en 1951 y entregado a los trabajadores.

Siempre la política internacional es la consecuencia inexorable de las definiciones que se sustentan en la política nacional. Es la coherente práctica, en un plano más extenso, de la visión ideológica y política aplicada en el campo de lo nacional.

Por eso, y ante el aislamiento de las experiencias de organizaciones sindicales que se estructuraban en América, desde la CGT se intentará producir también el espacio para una política de autonomía nacional y unidad latinoamericana de la mano de José Espejo.

Recordemos que Serafino Romualdi, represen-

tante en América Latina de la central de trabajadores norteamericana (AFL), había visitado nuestro país en 1947 y, a consecuencia de ello fue cuestionado y hasta separado del cargo, el secretario general de la CGT, Luis Gay, acusado de conspirar contra el Gobierno. José Espejo fue elegido en su lugar.

Recordemos también, que Romualdi en combinación con el Gobierno de los EE.UU., impulsó durante un Congreso realizado en Perú en 1948- la Confederación Interamericana de Trabajadores (CIT).

Congreso al que no fue invitada la CGT (hecho que repudió la delegación mexicana), pero sí la COASI (Comité de Acción Sindical Independiente), que en su declaración final destacó la lucha de los sindicalistas libres y el repudio al gobierno dictatorial de Argentina. Al concluir las deliberaciones, el compañero Luis Morones, presidente de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), viajó a la Argentina para comenzar los contactos que fructificarían prontamente

Ya comprometida la CGT en las esferas del Movimiento Peronista, en 1952 asumirá con fuerza el compromiso de impulsar un proyecto sindical continentalista.

El 9 de febrero de ese año se realiza en Asunción (Paraguay) la “1° Conferencia Sindical de la Cuenca del Río de la Plata”, en tiempos del presidente Federico Chávez, convocado por la Central Paraguaya de Trabajadores (CPT). Allí nace el Comité de Unidad Sindical Latinoamericano (CUSLA) con la presencia de 16 delegaciones de países del área.

El dirigente argentino José Alonso dirá: “Libre de toda dominación extraña, como paso previo a la conformación de una Central Obrera Latinoamericana, para defender los intereses y los derechos de la clase trabajadora en general y afianzar la dignidad de los pueblos, y acrecentar la soberanía de las naciones”.

Venciendo muchos obstáculos, finalmente el 20 de noviembre de 1952 se concretó en México el Congreso de Unidad en el que participaron cien delegados de 18 países (Alonso y Diskin fueron los representantes argentinos). Allí nace la ATLAS cuya sede permanente sería Buenos Aires. Sus autoridades fueron elegidas por aclamación:

Secretario General, José Espejo (Argentina)
Secretario Adjunto, Hurtado (Chile)
Secretario de Actas, Francisco Colón Goardo-



nay (Puerto Rico)

Secretario de Relaciones Internacionales, Pérez Vidal (Cuba)

Delegado ante la ONU, Zamora (Costa Rica)

Delegado ante la OIT, Luis Morones (México).

“ATLAS está en contra de todo totalitarismo o dictadura, tanto de derecha, como de izquierda, ya sea ejercida por el Capitalismo o por el Estado”, expresará su declaración de principios y se priorizará la conformación de los Comités Nacionales.

Su sede estuvo en Avenida de Mayo 591, hasta que fue intervenida y disuelta por el golpe militar y su último secretario general, el compañero Juan Garone, tuvo que exiliarse en Perú durante algunos años.

Sobre esta experiencia, sólo se conservan algunos boletines con sus posturas frente a los acontecimientos internacionales.

Es cierto que Yalta, los acuerdos de las grandes potencias y la división que estableció la Guerra Fría determinaron muchas veces el accionar internacional del Movimiento Sindical dejando poco espacio para la explicitación de una corriente autónoma.

Situación que se ampliará después de los años 60 con la aparición de los

No-alineados. Experiencias sobre las que lamentablemente, no se han profundizado ni el estudio ni la investigación.

Podemos mencionar, a modo de excepción, la investigación publicada por Daniel Parceró en el libro *La CGT, y el sindicalismo latinoamericano*, que tuvo el honor de prologar.

Finalmente es importante destacar la modificación a la Ley de Servicio Exterior que permitió la integración a las embajadas argentinas de los Agregados Obreros.

Muchos cuadros sindicales, nacidos al calor de la lucha, pudieron realizar su carrera en el ámbito de la Facultad de Derecho y la CGT, manteniendo y estrechando vínculos con otras experiencias sindicales y abriéndose a la comprensión de las políticas de nuestros pueblos hermanos.

La Prensa

La primera página anunciaba el 18 de octubre de 1945: “Desde la histórica Plaza de Mayo, más de un millón de ciudadanos aclamó Presidente al Coronel Perón”.

Naturalmente no era *La Prensa* el diario que informaba así acerca del 17 de Octubre. El alborozado titular pertenecía a *La Época*.

La Prensa, consideró que la principal noticia del día había sido la crisis de Gabinete: “El Presidente de la Nación anunció anoche las renunciaciones de los ministros de Guerra y Marina”, decía su título principal. La información de lo ocurrido en la Plaza de Mayo se iniciaba en la página 7, bajo un título que sintetizaba: “Desde los balcones de la Casa de Gobierno hablaron el Primer Magistrado, y el Coronel Perón”.

Así comienza uno de sus capítulos *Cien años contra el País*, un libro del Sindicato de Luz y Fuerza de la Capital publicado en el año 1970 y prologado por el inolvidable Arturo Jauretche.

En sus páginas podemos seguir la historia de *La Prensa*, fundada el 18 de octubre 1869 por José Paz y definida por José Espejo (el 2 de marzo de 1951 durante un plenario de secretarios generales en solidaridad con los trabajadores en huelga) como: “oligárquica, antiargentina, antiobrera, y extranjerizante, puesta siempre al servicio de los intereses capitalistas.”

Gracias a este libro y a *La prensa y el peronismo, crítica, conflictos, expropiación*, de Claudio Panella, podemos seguir detalladamente el debate entre los legisladores oficialistas José María Visca, Eduardo Colom, John William Cooke y los legisladores opositores Arturo Frondizi y Silvano Santander de la UCR.

Hay que destacar el pensamiento revolucionario en la exposición de John William Cooke, que sorprendería a muchos que hoy “descubren” las maniobras de los medios masivos de comunicación.

“...Nosotros estamos contra *La Prensa* porque diarios de esta clase son los que han minado las bases de la nacionalidad, creemos que es uno de los obstáculos, como hay muchos otros del continente, que han impedido o demorado todas las posibilidades de Latinoamérica”.

“...Las empresas periodísticas como la que consideramos hoy están en el mundo de *trusts*, de *holdings*, de toda forma de integración monopolista. La llamada “prensa grande” no ha escapado a este proceso: se han ido integrando, concentrando, y al final han venido todos los órganos de opinión de importancia comercial a quedar en manos de pocos propietarios que siempre están vinculados directamente a las altas finanzas y a los grandes negocios”.



¡Y lo decía en 1951!

“...Este concepto que nosotros conocemos perfectamente bien, y que fue enunciado incluso por el presidente de EEUU, Roosevelt, quien en una conferencia de prensa dijo lo siguiente a los que le tomaban la entrevista: ‘Entre ustedes habrá no pocos de los que escriben por orden de sus amos, los propietarios de sus diarios, atemorizados por el riesgo de perder el empleo’...”

El proceso de “expropiación” había comenzado mucho antes, no sólo en la acumulación de odios de parte de los trabajadores y el Gobierno. Ya a fines del 46 un abogado, Eugenio Moraggi, se presentó en la Aduana de Buenos Aires denunciando que los diarios *La Prensa* y *La Nación* estaban defraudando al fisco por imprimir los avisos comerciales de sus ediciones diarias en papel que no había pagado los derechos de importación.

Siguió cuando el Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines, plantaba sus reclamos por salarios, reconocimiento de su derecho a distribuir y vender, anulación de las suscripciones y participación en las ganancias de la empresa.

Ante la falta de solución los trabajadores lanzan un paro y el diario deja de salir por un mes. Cuando los trabajadores intentan regresar, asesinan al compañero Roberto Núñez y hieren a varios más, tras lo cual la CGT convoca a un paro nacional que se efectiviza contundentemente el 13 de marzo.

Es entonces, al no solucionarse el conflicto, que se discute la conformación de una comisión investigadora e interventora mixta que finalmente promulga la Ley de Expropiación.

Será el mismo Perón en la Plaza de Mayo el que anuncia la entrega del diario *La Prensa* a la CGT y al sindicato planteando: “Explotó durante tantos años a los trabajadores y a los pobres, que fue instrumento refinado al servicio de toda explotación nacional e internacional, que representó la más cruda traición a la Patria, deberá purgar sus culpas sirviendo al pueblo trabajador para defender sus reivindicaciones y defender sus derechos soberanos”.

EPASA (Empresa Periodísticas Argentina S.A.), integrada por la CGT y el Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines, se hará cargo de la conducción de la empresa, encabezando el directorio los compañeros José Espejo y Napoleón Sollazo como presidente, y vicepresidente respectivamente.

La dirección será confiada a Martiniano Passo, director de *Democracia*, y la mayoría del personal

retorna a ocupar sus puestos. *La Prensa* vuelve a salir con el siguiente titular:

“Por decisión de 5.000.000 de trabajadores reanuda hoy *La Prensa* sus actividades”.

La actividad gremial naturalmente ocupa un lugar destacado y el suplemento cultural es encargado a César Tiempo.

Lamentablemente poco se sabe de cómo fue esa experiencia de autogestionar un diario con una tirada de 700.000 ejemplares. Cómo se hizo, qué propuestas crecieron, cuáles fueron los errores son preguntas aún sin respuestas por la falta de investigación.

Más difícil se hace comprender cómo su dirección, luego de la partida de Espejo en 1952, fue mutando su posición hasta proponer en una editorial del 20 de septiembre de 1955: la “paz entre hermanos”. Una muestra de la resignación –cuando no de la traición– de esos dirigentes que estaban en las cúpulas de nuestras organizaciones.

Aunque de nada les valió porque Aramburu y Rojas intervinieron la CGT y devolvieron el diario *La Prensa* a su antiguo dueño. Volvió a salir el 3 de febrero de 1956, sugestivamente, el día de un nuevo aniversario de la Batalla de Caseros (en la que el Ejército Grande, compuesto por fuerzas del Brasil, el Uruguay y las provincias de Entre Ríos y Corrientes, liderado por el gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, derrotó al Ejército de la Confederación Argentina al mando de Juan Manuel de Rosas).

El Estado “Sindical” del Chaco.

El 8 de Agosto de 1951, casi 80 años después de constituirse en 1872, se sancionaba la Ley de Provincialización del Territorio Nacional del Chaco.

“Las cruzadas por la provincialización fueron madurando desde la década del 20 por el sorprendente crecimiento poblacional y la prosperidad de una economía basada en la siembra del algodón, verdadero oro blanco de la época, y la industrialización del quebracho”, dice Miguel Ángel Fernández en su libro *Gallardo, el canillita Gobernador*”.

Este libro vino a reparar el olvido y el ocultamiento de un personaje que es orgullo de los trabajadores chaqueños y de la experiencia de sanción de una constitución que avanzaba sobre las formas de democracia.

Es cierto que el envión final se produjo cuando



más de 2.000 delegados en una nueva movilización hacia Buenos Aires se encontraban con los pampeanos y recibían de parte del mismo Perón la noticia de que la sanción de la Ley era inminente.

Pero no es menos cierto que durante mucho tiempo se fue construyendo el consenso para que esto ocurriera con el aporte de compañero Espejo, secretario general de la CGT, y el aliento de Evita.

Cuenta el Dr. Manuel Millán Ford en el mencionado libro, que “durante la visita de Takel Rusel, dirigente de la Central Sindical Yugoslava, éste describió ante una atenta Eva Perón y los principales dirigentes de la CGT cómo intervenían los trabajadores en el Sistema de la República Federativa Popular de la Yugoslavia, conducida por el Mariscal Tito”.

El modelo de la Asamblea Popular yugoslava termina entusiasmando a todos y se transformó en el mandato expreso para llevar a la práctica parlamentaria en el Chaco.

Este libro nos permite conocer a Felipe Gallardo, nacido en Villa Ocampo, en los pagos santafecinos dominados por La Forestal, y formado en el pensamiento Irigoyenista de su maestro Rogelio Lamasón, Juez de Paz radical. (Para aquellos que recuerden la película *Quebracho*, el papel de este juez que se destacó por el apoyo a todas las luchas sindicales de la época, fue interpretado por Lautaro Murúa).

Emigrado luego al Zapallar, Felipe abraza la doctrina justicialista. Allí fue transformándose en un verdadero sindicalista y representante de las aspiraciones más genuinas de su pueblo.

Este libro, nos permite comprender cómo los Convencionales Constituyentes del 51 -siete provenientes del sector político y ocho del sector sindical-, fueron electos de manera apabullante por más del 80% de los sufragios.

En las sesiones de la Asamblea Constituyente se llamó a la provincia del Chaco “Presidente Perón”, del mismo modo que la provincia de La Pampa se la llamó “Eva Perón”, en homenaje a los máximos líderes del Movimiento.

Las constituciones de las dos provincias fueron similares, salvo en el artículo 37, que determinaba una manera diferente de votación para la Legislatura, que en el caso del Chaco era unicameral.

El 50% de los legisladores eran electos por el sistema tradicional de partidos políticos y el otro 50% -o sea 15 legisladores provinciales-, por las asociaciones profesionales reconocidas.

Por este motivo fue muy criticada, y luego del

“55” denostada, pues se denunciaba a la corporación instalada por el peronismo.

No obstante fue reivindicada por uno de los más grandes constitucionalistas, Arturo Sampay: “No sólo novedosa y polémica”, sino que “esta experiencia única en el país, significó el más elevado grado de participación gremial en la conducción política del Estado obtenida durante el gobierno justicialista y aplicada durante los años 53/55.”

Recordemos que además de votar como ciudadanos, los trabajadores también votaban en otras mesas con su carnet de afiliado sindical para elegir representantes de los trabajadores en la Cámara. ¡Qué tal!

Fue corto el tiempo que duró esa experiencia y sería bueno recuperar sus virtudes y/o sus dificultades; pero lo que no debe hacerse es ocultarla, ni olvidarse del gobernador sindicalista, ejemplo de conducta y honestidad.

No sólo se enfrentó al poder de los Bunge y Born sino a sus intentos de “coima” y procedió a expropiar tierras de su compañía COMEGA con el propósito de utilizarlas para su plan de colonización en presidente Roca.

Se cuenta que cuando una empresa textil le envió el “paquete” por haber sido favorecida en la compra de uniformes para la policía, éste terminó depositado y utilizado para pagar las primeras cuotas de lo que fue la Casa de la Provincia del Chaco en la Capital Federal.

Ésta y tantas otras experiencias, como la auto-gestión de la Cervecería Quilmes de Otto Bemberg, expropiada y entregada a los trabajadores y su sindicato, esperan ser recuperadas y estudiadas en el marco de aquella época de realizaciones.

La Crisis y las pulseadas por ver quién la paga

Dijimos que había sido apabullante el triunfo electoral de noviembre de 1951 y que confirmaba la adhesión del pueblo al proyecto colectivo. A pesar de los primeros síntomas de crisis, la Argentina ofrecía un horizonte de esperanza y futuro.

La reelección fue por el 63,5% de los votos y la oposición cayó de 45 a 14 legisladores tras cinco años de gobierno.

Año	Peronistas	No peronistas
-----	------------	---------------



1946	53,7	46,3
1948	66,5	33,5
1951	63,5	36,5
1954	64,4	35,6

Evolución del voto peronista entre 1946 y 1954

Ya se hacían sentir los efectos de la sequía que había perjudicado las cosechas de los últimos dos años y dificultaba la continuidad del modelo industrialista-autárquico-distribucionista, basado en la utilización genuina de la renta del campo y los cuantiosos dividendos de sus exportaciones.

Así lo define Julio Godio en *Historia del movimiento obrero argentino entre 1943 y 1955*, uno de los acercamientos más interesantes al debate sobre el proyecto económico-social, la construcción de los trabajadores y las representaciones sindicales de la época.

El Segundo Plan Quinquenal presentado perfilaba propuestas diferentes o readecuaciones con respecto al primero. Fue elaborado por Francisco Miranda, un pragmático empresario, luego reemplazado por un economista ortodoxo, Alfredo Gómez Morales.

Recordemos además que el imperio emergente imponía a la Europa de posguerra que los dólares del Plan Marshall sólo podían usarse en EEUU y no en la compra de productos argentinos, economía competitiva con la del país del norte.

Las fábricas llegaron a “parar” una mañana por semana para ahorrar energía y hasta se decretó la veda de venta de carne, cuyo consumo había aumentado gracias al crecimiento del poder adquisitivo del pueblo.

Se presentaría entonces un “plan de estabilización de precios y salarios”, mediante el cual el Estado definía el aumento salarial y las pautas aprobadas por las Convenciones Colectivas pasaban a tener dos años de vigencia y no uno, como era hasta entonces. Se intentaba de esta forma evitar la inflación que horadaba el poder adquisitivo de los trabajadores.

El propio IAPI (Instituto Argentino de Promoción e Intercambio) se convirtió en un comprador por encima de los precios nacionales para fomentar la producción. Y hasta los reclutas del Ejército fueron convocados a trabajar debido a la falta de mano de obra rural.

No se recurrió a los mecanismos más ortodoxos -despidos y devaluación- para adecuar la demanda

popular a la reducción de la oferta y poder estabilizar la espiral inflacionaria. El Presidente reajustó para arriba los salarios de convenio y congeló los precios.

Se terminó el “Estado de los trabajadores”, dijeron los críticos.

En 1953 se sanciona una ley de inversiones extranjeras más flexible que fue duramente atacada por retrógrada y antinacional.

A los empresarios no les alcanzó y continuaron las quejas por los abusos de los trabajadores. Como sintetizaría José Ber Gelbard: “el ausentismo, la indisciplina, o la irrupción frecuente por asambleas convocadas por los Comités de Delegados de Empresa dificulta la productividad”.

Los patronos comenzaban a redefinir su estrategia. Ya no eran los que “aguantaban” en función de los beneficios logrados, los reclamos y el fortalecimiento sindical como había sucedido hasta fines de la década del 40. Comenzaban a disputar la tasa de ganancia con el tan mentado tema de la productividad.

Cosas parecidas escucharíamos años más tarde sobre los trabajadores de ENTEL, Gas del Estado o Ferrocarriles para privatizarlos. Cuando sobre algunas cosas ciertas se edificaba un robo mayor y lamentablemente, muchos oídos se prestaron para escucharlas y justificarlas.

El sindicalismo comenzó a participar activamente en el control de precios y en el desarrollo de la tregua propiciada. Estaba en juego la consolidación de un proceso que Perón llamaba “La Comunidad Organizada”, la ofensiva ideológica-política que acompañó esta etapa.

El propio Congreso de la Nación la elevó a la jerarquía de doctrina, presentada como “nueva filosofía de vida, simple, práctica, popular, y fundamentalmente cristiana y humanista”.

A la CGT, se le sumó la CGE (Confederación General Económica) y más tarde la CGP (Confederación General de Profesionales), la CGU (Confederación General Universitaria) y la famosa UES (Unión de Estudiantes Secundarios).

Era necesario por lo tanto fortalecer el rol de “árbitro” entre los distintos intereses sectoriales para proseguir construyendo la sociedad de la Nueva Argentina.

Pero también fue tiempo del boicot al control de precios, denunciado permanentemente por los trabajadores que tenían sus haberes congelados.

Durante ese período, los gremios organizaban la concentración y distribución de alimentos y perse-



guían a los que lucraban con la especulación.

Todo el movimiento sindical se involucró en esta pelea asumiendo el riesgo de postergar sus legítimas aspiraciones y generando un cierto descontento en los trabajadores. Ello motivó a elevar el debate político por un mayor compromiso con la gestión gubernamental.

Si bien esa ofensiva no pudo definir los rumbos del Gobierno, por lo menos condicionó sus márgenes de maniobra. A tal punto que la CEPAL reconoce que “el principal impacto en la reducción de los ingresos en las zonas urbanas fue experimentado sobre todo por las empresas y no por los trabajadores”.

Cada vez era más difícil de sostener la neutralidad del árbitro y se habían producido cambios al interior del movimiento sindical que dejaban en claro que la iniciativa fundamental en la resolución de la crisis la tenía el Ejecutivo, en quien se delegaba no sólo la confianza sino también los límites de la acción.

Un intento frenado muestra las limitaciones

El sindicato de Luz y Fuerza convocó a un encuentro con el objetivo de elaborar una propuesta independiente para combatir el alza del costo de vida.

Una tradición de autonomía y una relación directa con el sentimiento de los trabajadores motivó en los lucifercistas la intención de ponerse en estado de alerta frente a esta situación.

Se invitó a la propia CGT y se intentó el debate pero fue rápidamente cercenado. Los rumores de complot, en esta ocasión, fueron las excusas que se usaron para postergar la profundización de la discusión.

La “verticalidad” se había impuesto no sólo por autoritarismo sino por un legítimo reconocimiento al conductor y por qué no decirlo, a la delegación de las responsabilidades de los representantes de los trabajadores.

Es verdad que después de la renuncia de Espejo se había producido el cambio total de la cúpula de la CGT. La nueva conducción estaba compuesta por sindicatos más subordinados al Gobierno que a sus bases de representación.

Eso significó mayor cohesión con las políticas de Estado, pero mayor alejamiento de la confianza de los trabajadores. Y como lo muestran las actas

de la época, ya se trasluce el desprestigio por la burocratización de esa conducción que se explicará más claramente en el 55.

Para ser justos, la burocratización es algo inherente a todas las instancias organizativas. También a nuestro mundo sindical. Hay momentos en donde el valor de la unidad orgánica y el crecimiento de la legalidad es tan importante, que se puede llegar a confundir como un fin en sí mismo haciéndonos dudar de los intereses que nos dieron origen: los compañeros.

Ese equilibrio es fundamental y cuando se produce la “no participación” de los trabajadores en las decisiones, el peligro se acrecienta.

Es muy revelador un informe, en el libro de Louise Doyon, acerca de la cantidad de reuniones con sus participantes durante estos años. Allí vemos cómo se reducen significativamente, coincidiendo con el repliegue hacia adentro de las cúpulas y el encierro en las decisiones.

Año	Reuniones	Concurrentes	1946	s/d	
1947	759.497	2969	680.098	1948	
1949	1530	505.467	1182	338.415	
1950	914	237.306	1951	698	
1952	167.676	740	226.204	1953	1.009
1954	316.873	1.019	321.703		

Reuniones y cantidad de participantes entre los años 1946 y 1954

El poder está en la asamblea y aunque cueste y sea difícil, nunca se debe firmar ningún acuerdo o pacto sin la aprobación expresa de los trabajadores. Los únicos que lo vamos a gozar o a sufrir.

Sin embargo, a esos mismos dirigentes se les presentaría la necesidad de defender en la calle el Plan de Estabilización cuestionado, no por los compañeros, sino por las políticas de desabastecimiento.

Comenzaría, a partir de allí, la sucesión ya imparable de acontecimientos de la confrontación.

La violencia como única forma de derrotar la experiencia popular

La pulseada se profundizaba y, con ella, los ataques al Plan de Estabilización. Lo que sumado al malestar de las Fuerzas Armadas y la impotencia electoral de los partidos opositores, dio marco y veracidad a la denuncia del complot.

La CGT convocó a un paro con concentración el



15 de abril de 1953 con el objetivo de defender al Gobierno.

En medio de una plaza desbordante, en lo que sería la primera transmisión por televisión de un acto de esta naturaleza, y al comenzar el Presidente su discurso, estallaron las primeras bombas en un hotel y luego en la boca del subte. Estos hechos, naturalmente, recrudecerían el tono del discurso.

Cinco muertos y más de cien heridos fue la triste realidad que significó el debut de los “Comandos Civiles”. Uno de ellos era Roque Carranza, luego ministro de Illia, hoy recordado por una estación de subterráneo. Por supuesto, los compañeros asesinados no tienen nada que los recuerde.

El hecho engendró terror. El odio se expresó esa noche en la quema de las casas partidarias del radicalismo, el comunismo, el socialismo y las instalaciones del *Jockey Club*.

Se iniciaba un tobogán hacia la confrontación abierta, agudizada por el fin del Plan de Estabilización y el auge del reclamo y luchas de los trabajadores que se daría durante 1954.

En una reunión con empresarios en diciembre del 53, Perón amenazó con medidas de apertura de importaciones si se continuaba con el aumento de precio de las manufacturas y los alimentos que se producían en el país, tan sólo para mantener su tasa de ganancia.

Como vemos, ellos tampoco inventaban nada.

Unos meses antes, en septiembre, se aprueba lo que será la famosa Ley 14.250 o Ley de Convenios Colectivos de Trabajo.

En ella se fijaban las pautas para una negociación centralizada por rama de actividad, privilegiando la negociación por empresa, cuyos acuerdos, por supuesto, sólo tendrían vigencia al ser aprobarlos el Ministerio de Trabajo.

Todo comenzaba a disponerse para dirimir la pulseada después de resultar imposible resolverla con el consenso de las partes y en el marco de los intereses supremos del país que intentó expresar el Gobierno.

Comenzaba a estar herido el proyecto de conciliar el interés de la clase obrera y el interés de la burguesía, que miraba cada vez más al norte como su tabla de salvación frente a la posibilidad del avance de los trabajadores.

Se producirá también el auge de las luchas obreras más importantes desde la década anterior y hacen su aparición con fuerza los Comités de Delegados de fábrica o empresa como verdaderos ámbitos de construcción de poder de los trabajado-

res.

El conflicto no resuelto

Dos acontecimientos fundamentales tienen lugar en 1954: la apertura de la discusión paritaria y la elección nacional.

Eran tiempos de tregua pero no todo estuvo paralizado. Crecieron en las representaciones directas, muchísimos cuadros que van a ser fundamentales no sólo en las postrimerías de la experiencia de gobierno sino también en la resistencia posterior.

A modo de ejemplo, uno de los jóvenes que surge por cuestionar a los dirigentes de su gremio que negociaban a favor de los empresarios, fue Andrés Framini, quien ocupa la sede de Asociación Obrera Textil y recupera el sindicato. Por supuesto que esa acción no conllevaba un cuestionamiento al peronismo.

Muchas de estas acciones hasta fueron aceptadas por la cúpula de la CGT. Porque eran inevitables y porque significaban el rescate de legitimidad necesaria para sus tareas.

Si bien todo se centralizaba en la CGT y había menos rendición de cuentas ante los trabajadores por el período que se vivía, no era menos cierto que el Comité de Delegados estaba en contacto permanente con los trabajadores y representaba su fuerza más genuina.

Es más, muchas veces tuvieron que hacer la vista gorda y aceptar como hechos consumados, acuerdos que se alcanzaban en cada empresa por encima de lo estipulado, como producto de la fortaleza de esas comisiones.

No hay que olvidar que nadie sabe mejor cuáles son los costos reales de la producción, que aquellos que la producimos a diario y aquellas organizaciones representaron una fuerza fenomenal puesta al servicio del conjunto.

Lamentablemente, como veremos, no habrá reflejos para pasar a la ofensiva y disputar el control de la economía y de las empresas para ganar definitivamente la pulseada. Pero vayamos por partes.

Auge de las luchas de los trabajadores

Al inicio del año, el Gobierno autoriza la convocatoria a Paritarias y comienza el proceso de establecimiento de las bases del acuerdo.



Rápidamente los trabajadores piden 40% de aumento y los patrones responden que están dispuestos a dar el 3 o el 5%.

Cerquita del arreglo, ¿no? Así iban a la negociación, como dos trenes hacia una colisión de frente.

Al principio hubo discusiones y propuestas, luego quite de colaboración, trabajo a reglamento, hasta encaminarse hacia la huelga.

El secretario general de la CGT lo denuncia públicamente: “Las negociaciones han durado 44 días y excepto algunos pocos casos los empresarios han rechazado firmemente nuestras demandas”.

Las luchas comenzaban a extenderse: petroleros privados, textiles, lecheros, tabacaleros, trabajadores del vidrio, del calzado, bancarios, los trabajadores de la salud en los hospitales y los compañeros del transporte.

Especialmente los trabajadores metalúrgicos y del caucho a los que les tocó protagonizar hechos dramáticos.

Hacia fines de mayo la mayoría de los sindicatos habían firmado acuerdos salariales con aumentos del orden del 15% al 18%. Pero los trabajadores del caucho, del tabaco y metalúrgicos profundizaban sus acciones.

Después de una semana de paro general y sin respuestas a la vista, se produjo un enfrentamiento entre metalúrgicos que terminó con el asesinato de tres compañeros.

A raíz de eso, una gran cantidad de trabajadores resolvieron marchar a la Casa Rosada para reclamar y pedir la intervención de Perón; pero no llegaron porque fueron violentamente reprimidos por la policía, generándose desconcierto y estupor.

La vuelta al trabajo esperando el favor gubernamental terminó con la firma del convenio con incrementos salariales iguales a los ya conseguidos por las otras organizaciones.

Los otros conflictos, tanto el del caucho como el del tabaco, trajeron aparejados no sólo el aumento de la confrontación sino la intervención de las organizaciones que las encabezaban.

El cúmulo de contradicciones comenzaba a manifestarse. Había un quiebre entre los compañeros y sus conducciones, poniendo en juego qué significaba la “verticalidad”.

Aun así el “paraguas” seguía existiendo, lo que ayudó a que se triplicaran las acciones y las medidas de fuerza respecto de los últimos tres años.

Por eso los trabajadores no se confundieron y fueron a votar masivamente en las elecciones nacionales.

Con el 64% de los votos ratificaron la alianza con el gobierno al que reconocían no sólo el cambio en sus condiciones de vida sino también la “legalización” de su organización y su lucha.

Además, terminaron por clausurar cualquier esperanza de los grupos de poder de tumbar al Gobierno en forma democrática.

Si bien es cierto que la mayoría de las iniciativas para pasar a la acción eran promovidas por las Comisiones de Delgados, igualmente los dirigentes eran conscientes de que no podrían sobrevivir al frente de sus organizaciones sin el aval de los afiliados.

Comenzaban a sentir que se estaba haciendo añicos aquella idea de buenas relaciones laborales por la falta de capacidad del Gobierno de convencer a los empresarios y que se diluía el proyecto de Comunidad Organizada que se había querido implantar.

Esto aceleró los tiempos de los patrones que, consecuentes con la decisión de desandar el camino de la concertación, no tuvieron empacho en comenzar el tiempo de descuento de la experiencia peronista que los había tenido como partícipes.

El último intento

La situación es clara y Perón intenta reencauzarla con la convocatoria al “Congreso de la Productividad y el Bienestar Social” con la participación de la CGT y la CGE.

Él mismo definía que “no hay ningún acto más trascendente desde 1944, ni más importante que el que comenzará con la realización del Congreso Nacional de Productividad y Bienestar Social. Con él se iniciará para la República, diríamos, la segunda e imprescindible etapa de realizaciones para su triunfo económico y para su bienestar social”.

Al final de año ya se muestran los límites. El primero y más importante lo enuncian los propios empresarios durante la conferencia sobre “La organización y relaciones del trabajo” definiendo quién era para ellos el verdadero “enemigo” de la productividad y del futuro económico de la Nación.

Ese mensaje es tan transparente que conviene transcribirse todo:

“Las Comisiones Internas han mostrado repetidamente no comprender cuáles son las precondi-



ciones para una eficiente gestión de las empresas, y su actitud constituye uno de los principales obstáculos que traban la organización racional de la producción. En forma arrogante han apropiado arbitrariamente el derecho a aceptar o rechazar las propuestas que hacen las gerencias de las empresas con relación al cambio de métodos, al incremento de la velocidad de las máquinas, a la eliminación de las tareas innecesarias.

Rechazan la validez de las sugerencias que hacen para reducir personal, incrementando la productividad, introducir un mayor control sobre las tareas, etc., (...) aun en aquellos casos en los que dichas sugerencias no impliquen un aumento en la carga de trabajo de los empleados.

Es de público conocimiento que algunos sindicatos se oponen sistemáticamente a los esfuerzos de las empresas por aumentar la búsqueda de nuevas vías para incrementar la riqueza de la Nación: por ejemplo, se niegan a permitir un sistema de salarios ligados a la productividad individual de los trabajadores, o de una más racional distribución de las tareas (...) En la actualidad los sindicatos no han tomado conciencia todavía de los comportamientos más adecuados en la vida de las empresas (...). En consecuencia, no podemos contar con su colaboración para promover en el personal las actitudes más deseables...

No hay duda de que el año 54 fue el del desarrollo de las contradicciones más fuertes del proyecto peronista, mostrando que la posibilidad de seguir arbitrando los intereses opuestos se agotaba.

Es verdad que existían problemas que se desarrollarían en términos de confrontación política y cultural con la Iglesia, convirtiendo a ésta en un punto de referencia y de acumulación política de la oposición.

También es cierto que se profundiza el trabajo de penetración en las Fuerzas Armadas ya no sólo del imperio inglés sino también, como será denunciado luego, de la CIA.

Pero siempre se ha ocultado deliberadamente la verdadera grieta que comenzaba a transformarse en falla: la que existía entre los intereses de los trabajadores y una burguesía que no estaba dispuesta a embarcarse en un proyecto nacional y popular.

Y casi diríamos que las actitudes que ya se habían mostrado, sumadas a la actitud defensiva de la CGT y sus organizaciones, estaban sellando las verdaderas razones del golpe asesino del 55, aun-

que se lo quiera disfrazar con otras yerbas.

No hay acuerdo

El Congreso de Productividad será inaugurado por el presidente Perón el 21 de marzo de 1955 desarrollando sus actividades por espacio de diez días.

Estaba en juego la propia vida del pacto social, la esencia del modelo peronista. ¿El Estado, los empresarios y los trabajadores serían capaces de acordar postergando los intereses sectoriales en aras de la necesidad nacional?

Comenzó dejando en el camino la denominación “Bienestar Social”, demostrando que se disputaba abiertamente quién se llevaría los dividendos de la riqueza producida.

En eso nadie quería retroceder. Los discursos de inicio marcaron la cancha:

Perón: *“Depuestos los enconos, y las incomprendiones, llegamos a esta reunión: los empresarios, los trabajadores, y el Estado cada uno con su orientación, con su idea y con su objetivo pero también con su deber y su responsabilidad”.*

El empresariado profundizó su queja exigiendo: *“la revisión del cuerpo de la legislación laboral y la rectificación de todos los contratos colectivos a fin de ubicarlos dentro de los lineamientos requeridos por la necesidad de promover en forma eficiente una mayor productividad de acuerdo al principio de libre empresa.”*

En ofensiva, exigían la dirección y organización de la empresa sin interferencias sindicales y/o gubernamentales que recortaran su conducción y su tasa de ganancia.

Eduardo Vuletich, secretario general de la CGT, contestó duramente:

“No estamos dispuestos a ceder ninguna de las conquistas logradas, obra de un genio cuya visión de estadista parece interpretar el sueño de un apóstol entregado a la redención humana, y que por ser así de grande, hermosa, nosotros estamos dispuestos a defenderla con toda decisión”.

Ratificando: *“las garantías y los beneficios adquiridos antes de 1950 formaban parte integral de la revolución peronista y por ende no eran negociables”.*

La declaración final, sin propuesta concreta, mostró que se estaba en un callejón sin salida y el fracaso del rol de mediador -o de árbitro- que el Gobierno se había empeñado en jugar.



Por supuesto, revelaba la fortaleza del movimiento obrero para defenderse ante la ofensiva patronal y no permitir que se arrebataran las conquistas alcanzadas.

Pero también su incapacidad para profundizar con autonomía el forcejeo por la conducción de las empresas o del modelo productivo de la Nación. Y sin ese empuje la caída de aquellas conquistas era cuestión de tiempo.

El movimiento obrero estaba atrapado en su impotencia. Había logrado crecer y fortalecerse como nunca. Ya no era ilegal como de antes de 1943, se había transformado en una organización de masas capaz de condicionar las políticas gubernamentales pero había perdido la vitalidad para contrarrestar las estrategias y demandas de los bloques de poder económico.

En aquél 45 sobrepasó los límites de las “racionales” relaciones de fuerza o expresión para invadir con su movilización y ampliar el horizonte político a favor de una resolución popular.

Ahora se mostraba incapaz de movilizar al conjunto de la clase trabajadora para asumir la iniciativa frente a un gobierno que hacía agua ante el aceleramiento de los hechos.

Así como los dirigentes habían ido diluyendo el poder de sus representados por sus responsabilidades administrativas y burocráticas, también habían delegado el propio en el Gobierno y más específicamente en Perón.

Y cuando éste no pudo, no supo, o no quiso inclinar la balanza a favor de los trabajadores, quedaron subsumidos en el derrotero del designio histórico del propio Perón.

Quedan exceptuados de este análisis los oportunistas, cómplices y traidores, que en los días siguientes corrieron apresurados a reacomodarse para sobrevivir a la represión de los poderosos que estaba por venir.

En los últimos meses del gobierno peronista se van a manifestar dos líneas de acción. Una, desde la cúpula, intentando -aún con contradicciones- acciones que nunca fueron efectivamente masivas ni organizadas con los trabajadores, como veremos más adelante.

La otra fue el comienzo de nuevas formas de lucha y resistencia que terminarán explotando los años posteriores y manifestando las ansias y el compromiso de los obreros por defender a un gobierno al cual sentían propio.

Es cierto que se había desgastado de muchas maneras; pero es importante señalar lo que marca

Felipe Pigna en los *Mitos de la Historia Argentina 4*: la pérdida de cuadros y militantes de un valor incalculable como Carrillo, Jauretche, Sacalabrini y tantos otros, que se retiraron en silencio para no servir a la oposición con sus demandas.

Sin embargo, la burocratización y la obsecuencia impedían ver que se había cortado la transmisión del mensaje entre los distintos niveles de la organización popular.

El propio Scalabrini decía que no perdonaba cómo no se “habían dejado resquicios para una trinchera, algo desde donde hubiéramos podido continuar adoctrinando y enseñando”.

El Gobierno estaba a la deriva, todos en la suya y empantanados. Finalmente se va a producir un hecho que marca a las claras que lo que definió su derrocamiento. No fueron la falta de consenso ni del voto popular, sino el asesinato y las fuerzas militares alineadas con los imperios.

El bombardeo que definió la historia

Ya en 1956 Arturo Zabala escribe en la revista *Esto Es* que “*La decisiva importancia del movimiento del 16 de junio ha quedado patentizada en los hechos ulteriores a su eventual fracaso. La corta historia de un año (corta pero fecunda como ninguna en el centenario acontecer argentino) corrobora algo que ya se ha hecho carne en el sentir popular, sin el 16 de junio no hay 16 de setiembre. Ese lapso que va de una a otra fecha es, sin dudas, un dramático “pagaré” ilevantable para las fuerzas de la corrupción y el totalitarismo*”.

En este párrafo que rescata el libro *La masacre de Plaza de Mayo* del compañero y amigo Gonzalo Cháves, que como certifica Miguel Bonasso en el prólogo, “*es el primer libro de investigación en medio siglo, reparando el olvido malicioso perpetrado por una historia oficial experta en la desmemoria*”, está definido todo lo acontecido.

Una masacre que produjo como mínimo 350 muertos y más de 2.000 heridos en lo que fue el verdadero bautismo de fuego de la Fuerza Aérea Argentina, bombardeando a su propio pueblo.

Expresión del odio y manifestación dramática que está en la raíz, a no dudarlo, del genocidio protagonizado por las mismas fuerzas en 1976.

Es cierto que se venían produciendo enfrentamientos expresados el 11 de junio en la procesión de *Corpus Christi*, donde se unificó y manifestó una oposición al Gobierno que los propios partidos



políticos habían sido incapaces de convocar.

Estuvo precedido de medidas como la convocatoria a la reforma constitucional para separar la Iglesia del Estado, aprobada por el Congreso Nacional, y la derogación de la Ley de Enseñanza Religiosa Obligatoria en los colegios públicos que profundizaron el enfrentamiento con la jerarquía eclesiástica.

Todo eso en el marco de la aprobación de normas como el reconocimiento de los “hijos naturales y adulterinos” y la aprobación del divorcio.

Claro que eso solo no explica el asesinato a mansalva de la población en la Plaza de Mayo. Tan pormenorizada y detallada en el libro de Gonzalo Chaves que uno no puede sustraerse a la pregunta que él mismo se formula: “¿por qué se ha ocultado deliberadamente este acontecimiento?”.

Se termina por concluir que el objetivo era instalar el terror como única fuente de razón y de justicia para acabar con la experiencia popular en marcha.

Por eso los objetivos militares del bombardeo fueron insignificantes y la mayoría de las bombas o las ráfagas de metrallas tuvieron un destinatario: el pueblo.

Quedará por siempre grabada la imagen de aquel “trolebús 305” con los cadáveres de niños en su interior, asesinados cuando iban al colegio.

Los trabajadores, por su parte, habían acudido a la convocatoria de la CGT a reunirse en la sede de la organización. Camino a ella, se originaron algunos asaltos a las armerías con el objeto de prepararse, pero la mayoría se movilizaba hacia la plaza tan solo con palos.

También se producían cortes y barricadas en la avenida General Paz tratando de impedir la posible irrupción de los tanques y tropas sublevadas mientras en las provincias los trabajadores se arremolinaban frente a las regionales de la CGT reclamando información y ordenes.

En Córdoba y en Bahía Blanca también se vivieron enfrentamientos callejeros. Y esa noche, luego del bombardeo, se produjo un hecho que profundizaría más el antagonismo: la irrupción en la Curia metropolitana y la quema de templos católicos en el centro de la Ciudad de Buenos Aires.

La movilización popular o la tregua

La CGT, en comunión con la prédica del General Perón, convoca a un Paro Nacional para el 17

de junio por duelo y solidaridad con las familias de las víctimas. Y es justo decirlo, fue cumplido en forma unánime.

Se solicitaba permanecer en recogimiento en sus casas, en una atmósfera de reflexión y de paz.

El propio Presidente establece una tregua unilateral en la que asumirá que la Revolución Peronista ha terminado, levanta el estado de sitio y comienza una etapa de carácter constitucional. “Dejo de ser el jefe de una revolución para ser el presidente de todos los argentinos” y convoca a la pacificación del país.

Quizás allí esté el porqué no se profundizó ni se materializó la investigación y publicidad de lo acontecido en la masacre de la Plaza de Mayo.

Se optó por delegar el juzgamiento en el Ejército, atándose al resultado lo que allí se resolviera.

El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, reunido el 18 de junio, comenzó a juzgar y condenar a muchos de los 1.200 detenidos, en su mayoría marinos.

Los trabajadores se transforman en espectadores y recién volverán a ser “convocados” cuando ante el fracaso de aquella tregua, el propio Perón presenta su renuncia el 30 de agosto en una carta dirigida a la CGT.

Antes se habían producido algunos cambios. Se entregaron las cabezas de los ministros más cuestionados como Borlenghi y Méndez de San Martín y se cambió a Vuletich por Hugo Di Pietro (trabajador de la base de Puerto Belgrano y dirigente de ATE) en la Secretaria General de la CGT.

Tuve la oportunidad de conocerlo en la conducción de ATE a la cual volvió -¡oh casualidad!- en 1975, y escuchar cómo con toda naturalidad, el 24 de marzo del 76 a la noche, nos decía en la reunión de la conducción del gremio: “Yo de esto conozco, ahora debemos tranquilizarnos y mandar una nota a todos los militares que se hacen cargo de las reparticiones pidiéndoles una entrevista, porque lo que hay que salvar es el sindicato”. La misma actitud de aquel 55.

La táctica fracasó, los partidos opositores sintieron la debilidad y continuaron fortaleciendo su ofensiva violenta y hasta los comandos civiles encabezados por Miguel Zavala Ortiz y Mario Amadeo se siguieron ampliando.

Tan solo un partido de izquierda repudió los hechos del 16 de junio y se solidarizó públicamente con el Gobierno: el Partido Socialista, Secretaría Dickman. Del resto, nada.

Aumentaron los desertores, los confundidos y



los vacilantes y se pagaron las consecuencias de haber alimentado a una burocracia conformista y obsecuente que había logrado corroer el Gobierno por dentro.

La CGT, obviamente, rechazó la renuncia de Perón y convocó a un paro general con movilización a Plaza de Mayo tratando de reeditar un nuevo 17 de Octubre.

En el marco multitudinario que gritaba “Una Argentina sin Perón es un barco sin timón”, el Presidente reconoció su error al confiar en las fuerzas opositoras y reclamó la lucha abierta en uno de sus discursos más violentos:

“A la violencia la hemos de contestar con una violencia mayor (...) y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de ellos. Hoy comienza para nosotros una vigilia en armas”.

El propio Jauretche lo definió en ese momento: *“En 1946 cada peronista se sentía un conductor de la historia, en 1955 era un espectador, un aburrido miembro del coro de aplaudidores, que concurría a los actos públicos no con la pasión del combatiente, sino con una nueva preocupación ritual.*

Perón lo comprendió, su renuncia del mes de agosto obedeció a esa comprensión. La gente creyó que era una comedia más”.

Una parodia más nos muestra a la CGT, malversando el espíritu combativo y el valor militante que sobresaldría años después en la resistencia, ofreciendo al Ejército a los trabajadores reservistas para conformar milicias y defender al Gobierno.

El propio General Lucero responderá que no era necesario pues el Ejército respaldaba absolutamente al régimen constitucional y democrático, no obstante agradecer el compromiso. A jugar con tierra, como dicen en el “barrio”.

Finalmente todo será reducido a un juego de superestructura y allí las cartas estaban echadas. Se pronuncian llamamientos a la organización pero se exige quedarse en sus puestos de trabajo o en sus casas.

Se dilapidaron muchas oportunidades de organizar más el poder popular porque contrariaban el proyecto de arbitrar intereses. Y sin el calor de la movilización y la lucha de la gente y sin la pasión de Evita, el levantamiento definitivo era cuestión de tiempo. Su hora llegó el 16 de septiembre.

Es más, esta conducción sindical, a diferencia de la del 45, no pudo captar el sentimiento de la masa proletaria, ni aprovechar que entre la mayoría de los cuadros de oficiales y suboficiales mili-

tares no existía la aceptación del golpe.

Como lo detalla dramática pero brillantemente John W. Cooke: *“En 1955 el frente nacional antiimperialista que había llevado al peronismo al poder se había roto. (...) Nuestra burguesía aceptó al peronismo mientras cosechó beneficios.(...) La lucha de clases se agudizó.*

En el 55 Perón ya no podía ser el jefe de un frente policlasista y no se decidía a ser el jefe del proletariado.

Además el movimiento estaba burocratizado...

Así el peronismo se quedó en un programa burgués y sin burguesía que lo aguantara. El peronismo en 1955 no quería comprender que era incompatible con el régimen burgués”.

El derrumbe, la entrega y el comienzo de la resistencia

La cúpula sindical optó a diferencia de diez años antes, por no movilizar para defender sus demandas, sino por negociar la continuidad de ellas.

Creyó -o se subordinó- a la expectativa de “ni vencedores ni vencidos” que se prometió desde el poder para acallar la resistencia.

A tal punto fue trastocándose la actitud en renuncia que la propia editorial del 20 de septiembre del diario *La Prensa*, dirigido por la CGT, expresaba *“Haya paz entre hermanos”.*

“La historia marca a los pueblos horas cruciales para probar el temple de sus hijos y para enmarcar las gestas que servirán de ejemplo a las generaciones futuras. La Argentina está viviendo uno de aquellos instantes vitales y es nuestra obligación señalar la responsabilidad que cubrirá de honor a los bandos en pugna...

Todo se habrá ganado si las armas se silencian para dejar sentimientos de fraternidad...

Dejemos para el tiempo futuro, sabio consejero y paciente cernidor de pasiones, el análisis menuado de gestos y acciones que separan y dediquemos toda buena voluntad para elaborar un estado de concordia que señale un límite de seriedad y paz”.

Y tan sólo había pasado un día desde la caída del Gobierno.

Esto olía a entrega, a traición y no a táctica para conservar el poder con el objeto de reconquistar en un futuro la posibilidad de gobernar y reinstalar a Perón.

Nada tiene que ver con lo que sí va acontecer a



partir de allí: la grandiosa capacidad de resistencia de la clase trabajadora a la que se sumarán en los años venideros la esperanza y los sueños de los jóvenes, capaces de parir la recuperación de la legalidad del gobierno de los trabajadores.

Aprendimos con el tiempo que los pueblos nos empeñamos en volver a traer la historia donde nos la truncaron y eso fue lo que sucedió a partir de aquel 16 de junio. O como relata en el libro de Gonzalo Chavez, el obrero gráfico platense Rolando Hnaiuk, cuando va a defender a Perón y en la plaza es sacudido por lo que ve: *“Lo del 16 fue un genocidio y eso me golpeó muy duro. Ese día me di cuenta de que la lucha era cruenta, no era un asunto de política, así nomás (...). La lucha ya no era pacífica, era una lucha a muerte (...) todo ese cambio que se produce en mi vida a raíz de ese hecho, fue un antes y un después de un estado de vida del país. Creo que ese cambio se produjo en muchos compañeros”*.

Esa conciencia posibilitó que emergieran los miles y miles de cuadros formados en los Comités de Delegados que serían los protagonistas y conductores de la etapa por venir.

Ellos comienzan a alumbrarnos y a transformarnos en protagonistas de esa juventud maravillosa, hija de ese pueblo maravilloso que olfateó el poder, que hizo su primera experiencia de gobierno y que no sólo va a defender sus diez años de felicidad, sino a soñar y pelear por alcanzar el poder definitivo.

Pero esa es otra historia...



Desde sus convicciones y sentimientos, a pesar de no haber sido protagonistas de los hechos fundacionales que dieron vida a dos movimientos históricos como el anarquismo y el socialismo, Oscar González y Alberto Morlachetti reflexionan sobre las ricas historias del socialismo y el anarquismo.

Oscar González, secretario general del Partido Socialista, pero sobre todo militante sindical, de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires, y militante de la CTA, nos cuenta de lo que era en otros años ser socialista.

Alberto Morlachetti, otro compañero de la CTA que ustedes conocerán por su tarea con el Movimiento Nacional de los Chicos del Pueblo y secretario de Infancia y Juventud de la Central, que nos contará un poco lo que era ser anarquista.

Oscar González:

Sobre la historia del Partido Socialista, “...hasta en mi propio partido esa cuestión se la ceden a los historiadores”

“Por su perfil programático, por la elevada disciplina de sus militantes, y por la permanente educación ideológica y política que desplegaban sus organismos en la sociedad civil, el Socialista fue con plenos derechos el primer partido político de Argentina y de todo el continente”. Esto lo dice José Aricó en el Diccionario de Política que dirigió Norberto Bobbio.

Nutrido como estaba el Partido desde su fundación de la idea “internacionalista proletaria”, Alfredo Palacios quería ligar la historia del partido socialista a la historia argentina, recogiendo las tradiciones políticas previas a la llegada de los inmigrantes que, en su mayoría, son quienes van a nutrir sus filas.

Palacios recordaba a Echeverría, que ya en 1838, diez años antes de la publicación del Manifiesto Comunista de Marx y Engels, decía que: “El proletario trabaja día y noche, para enriquecer al propietario ocioso. Cambia el sudor de su frente por el sustento para él y para su familia. La retribución que recibe por su trabajo no es equitativa. No puede guardar fondo ninguno para educar a sus hijos, proveerse ante necesidades imprevistas, y prepararse para una cómoda vejez”. Por eso Palacios decía que la historia del socialismo en Argentina era anterior a Marx

Muchos decían entonces, como crítica, que la izquierda, el socialismo, el comunismo y el anarquismo son movimientos “extranjerezantes”. Eso porque todos abrevan en la idea de un movimiento obrero internacio-

nal, aunque con aplicaciones prácticas diferentes en cada país.

En 1864 se crea en Londres la Primera Internacional, donde estaban entre otros Marx y Engels. En 1889, en el Congreso Obrero Internacional de París, donde ya hay representación de la Argentina, se convoca a celebrar en todo el mundo el Primero de Mayo y ese día se conmemora por primera vez en Buenos Aires un año después, en un lugar de recreo donde ahora está la Recoleta. Del Congreso de París surge la Segunda Internacional, donde se integran los partidos socialdemócratas. Luego aparecerán la Tercera Internacional, de orientación comunista, en 1921, y los trotskistas organizarán su propia Cuarta Internacional a fines de los años 30. Finalmente está la Internacional Socialista, reconstituida después de la segunda guerra y a la cual pertenece mi partido y que oficialmente fue relanzada en 1951 en Alemania.

El Partido Socialista fue fundado en 1986 con el aporte de muchos obreros extranjeros-como los socialistas italianos del Fascio dei Lavoratori, los franceses de Les Egaux y los alemanes del Vorwärts-, pero participaron varios grupos locales, como el Centro Socialista Universitario, donde entre otros muchachos, que estaban en la universidad se encontraban José Ingenieros, Leopoldo Lugones y Roberto Payró. También había un Centro Socialista Obrero, donde estaba Juan B. Justo, que no era obrero sino médico y de clase alta y trabajaba en el hospital San Roque, que ahora es el Ramos Mejía. Justo dijo alguna vez en un texto que él abandonó la medicina para dedicarse a la acción política porque de nada servía “matarse” en el hospital salvando obrero por obrero de la enfermedad, cuando el problema estaba en la sociedad



La posición del Partido Socialista, en relación a los anarcosindicalistas primero, a los sindicalistas después y a los comunistas más tarde, ustedes ya la conocen. Pero básicamente se planteaba como un partido de reformas progresivas que quería avanzar sobre todo a través de la legislación laboral y social, mejorando las condiciones de vida de los compañeros trabajadores. Y que por lo tanto no estaba de acuerdo con la violencia de los anarquistas, ni con la huelga general revolucionaria que aparecía como único método de parte de los sindicalistas, ni con el apoyo a la revolución bolchevique que aparecía para algunos como el único faro luminoso que aparecía en los años '20 y '30. Y entonces se dedicaba a una tarea que tenía cinco elementos básicos: **trabajo parlamentario** (y en este punto, no me puedo extender porque terminaría mañana de leer las leyes obreras impulsadas por el socialismo). En segundo lugar, el **cooperativismo**. El tercero, la **ayuda mutua** (ustedes aquí enfrente de ATE podrán ver lo que es el edificio de la Federación Gráfica Bonaerense, ese era antes el edificio de la Asociación Obrera de Socorros Mutuos, que era la creación del Partido Socialista). Y como los obreros no podían ir a la universidad, el socialismo fundó la Sociedad Luz, **Universidad Popular**, que todavía está allí, en la calle Suárez 1.301, y donde ustedes pueden todavía asistir a algunos cursos. Pero fundamentalmente, la dedicación del partido estaba puesta en la creación de **sindicatos**, que primero se llamaron sociedades de resistencia y luego uniones.

Sobre las relaciones entre el Partido y los sindicatos que propiciaba el propio PS, la concepción era más o menos así: “el partido tiene que *trabajar en* los sindicatos pero no aspirar a *manejarlos*, porque una cosa es la lucha de los trabajadores como clase y otra cosa es la lucha política donde además de los obreros pueden participar otras clases”.

Alberto Morlachetti:

Mi abuelo levantaba esa bandera en el Grito de Alcorta. Y a ese abuelo le rindo tributo, porque ellos rompieron con el sistema, no pactaron. Mucha gente asocia el anarquismo inevitablemente a la violencia, y eso no es así.

Decía Wilkens, quien iba a ajusticiar a uno de los matadores de La Patagonia: “No fue venganza. Yo no vi en Varela al insignificante oficial. No. El era todo en La Patagonia: gobierno, juez, verdugo y sepulturero. Intenté herir en él al ídolo desnudo de un sistema criminal. Pero la venganza es indigna. Nuestro mañana no afirma renci-

llas, ni crímenes, ni mentiras. Afirma vida, amor, ciencia. Trabajemos para apresurar ese día”. Este fueron las palabras de alguien que ajustició a quien asesinó a 1500 trabajadores, por el único hecho de portar verdades en nuestra Patagonia tan rebelde y tan lejana.

La oligarquía criolla hostil, aceptó la sustitución de nuestro pueblo por europeos. Un país de pueblos transplantados, que serían poseedores de “virtudes y capacidad para el progreso”, por el sólo hecho de ser europeos. Para Alberdi y Sarmiento, estas eran sus virtudes, una población eficaz frente a la “impotencia congénita” de los naturales de América. Aunque Hegel manifestaba que los inmigrantes eran “la barredura de Europa”, los que sobaban, estaban signados a conducir nuestro destino.

La modernización de la economía, según el sesgo liberal de la oligarquía, “abría la Argentina al mundo” dentro de un esquema de división del trabajo internacional, basada en la exportación de carnes y cereales. La consecuente prosperidad económica fuertemente concentrada en los grupos dominantes locales, necesariamente debió atraer gran cantidad de capitales y de mano de obra, especialmente inmigrantes, que influyó decididamente en los aspectos organizativos del movimiento obrero argentino. Entre mediados del siglo XIX y principios del XX, se radicaron en nuestro país alrededor de dos millones de habitantes. Hacia 1914, tres de cada diez habitantes era extranjero, y la mitad vivía en la ciudad de Buenos Aires.

Ramos Mejía, en *Las Multitudes Argentinas* (1899) escribía que el inmigrante tenía el cerebro lento como el del buey, a cuyo lado ha vivido. Martel las calificará de mugrientas, groseras, charlatanas, idiotas.

“...a la organización en función de la nacionalidad, aparece también la defensa de los intereses económicos, con la organización en función de los oficios particulares. Aquí aparecen los primeros sindicatos, como la Asociación Tipográfica Bonaerense, creada en 1857, que en 1877 se convierte en la Unión Tipográfica, con el único objeto de trabajar “por el adelanto del arte, estableciendo una tarifa de salario”, tal como rezaba su carta de fundación. Bajo su organización, estalla la primera huelga de trabajadores el 2 de septiembre de 1878, que gozó del amplio apoyo de los trabajadores, y la actitud detractiva de parte de los diarios de la época. Esta primera huelga, pese a las presiones sufridas, terminó con la aceptación de los reclamos de los trabajadores. Firmándose el primer contrato colectivo de trabajo en este país.

Gran parte de las disputas en el campo político ideológico estaban enmarcadas en el debate que venía de Europa a fines del siglo XIX, entre socialistas y anarquistas.



Aún dentro de las llamadas “corrientes anarquistas”, es posible señalar diversos posicionamientos, respecto de la forma de la participación, alcances, y la organización de la acción del movimiento obrero. Una fracción apoyaba la concepción filosófica de Bakunin, y otros la concepción colectivista de la concepción colectivista de Pedro Kropotkin, que definían diferentes formas de organización. Los unía su preferencia por la acción directa y la huelga general, y su repudio a los métodos parlamentaristas esgrimidos por los socialistas. Hacia 1890, la fracción colectivista se impone y abre el camino a la aparición de un liderazgo a través de la federación de oficios. Cada grupo de trabajadores en su oficio, o cada unidad de fábrica, tenía que organizar una sociedad de resistencia. Las sociedades locales deberían unirse para conformar una federación de oficios, que luchase para mejorar las condiciones económicas y sociales.

Además de la federación de oficios, las sociedades debían constituir una federación local, o “comuna revolucionaria”. Transformarse así en el núcleo de la sociedad anarquista futura. Estas líneas de acción permitieron en el año 1901, la unión con los socialistas, para la creación de la Federación Obrera Argentina (FOA). Que conservó su liderazgo más de un año y medio, hasta que en 1903, los delegados socialistas se retiran y forman la Unión General del Trabajo (UGT). Pese a esto, los anarquistas son el sector más fuerte del movimiento obrero en los primeros años del siglo XX, dando origen a la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) eliminando de la Federación a todos los sectores no anarquistas.

La huelga general revolucionaria fue el método de lucha adoptado por el anarquismo. La más exitosa de ellas fue la jornada de mayo de 1909. Según diversos historiadores, cerca de 200 mil trabajadores abandonaron sus tareas en Buenos Aires, manifestándose en contra de catorce asesinatos que había producido la policía, y centenares de heridos de la plaza Lorea.

Otro de los métodos utilizados por los anarquistas fue la “propaganda por acción”. En la cual actos individuales contra figuras representativas de las fuerzas de la represión, como el ajusticiamiento del brutal represor coronel Ramón L. Falcón, que lo llevó a cabo Simón Radowitzky. La firmeza de las ideas y el ideario anarquista se sostuvo en la profunda convicción de que es posible crear una sociedad radicalmente nueva, basada

en el desarrollo personal del hombre, y sus capacidades. Ninguna conquista habría de ser duradera en un marco una sociedad capitalista, y sólo el derrocamiento de este orden social y el establecimiento de una sociedad de productores libres, permitirá a los trabajadores satisfacer sus necesidades. Una verdadera utopía del futuro. Diego Abad de Santillán opinaba que “por encima del concepto de proletariado está el concepto de humanidad”.

Para los anarquistas, la libertad humana es indelegable. Por eso se impugnaba la democracia representativa. “Delegar el poder es perderlo. O más aún, es ser el perro de la libertad ajena, del derecho de los otros, de la belleza que duerme o vela en la selva o en el monte. Es una barbaridad delegar el poder”, decía uno de ellos.

La solidaridad será otro de los componentes del ideario anarquista. Pero no la caridad o la filantropía; la solidaridad que planteaba ayudar a la víctima de la represión, a los enfermos, presos o desocupados.

El principal órgano de difusión era “El Perseguido”, que luego se conoció como “La Protesta”. La capacitación y la cooperación con los delegados eran tomados como deberes para el militante anarquista. “Quien niega su concurso a la organización, traiciona a su propia causa”, decía el periódico de la Federación de Gráficos. Dotado de un fuerte moralismo y en su lucha por el hombre nuevo, las organizaciones anarquistas supieron dotar a sus “sociedades de resistencia” de bibliotecas y escuelas a fin de que sus asociados pudieran acceder a los grandes autores.

Otro de los ejes en los cuales se estructura la acción de los anarquistas es en el carácter “no profesional rentado” de sus dirigentes, conscientemente militantes.

La característica principal del anarquismo en Argentina es su carácter popular. De ahí que en cierto modo, no pueda separarse su historia de la de las organizaciones obreras.

Las luchas dirigidas por el movimiento anarquista, acompañadas en algunas ocasiones por el socialismo, sobre todo a finales del siglo XIX y en las dos primeras décadas del siglo XX, permitieron minar la resistencia de los sectores dominantes y lograr importantes conquistas para los trabajadores, y significativos avances en el terreno del derecho. No sólo para los hombres de aquellos tiempos, sino para nosotros que ya estamos recorriendo el siglo XXI.



Bibliografía

- ◊ Alzugaray, R.A. *Ramón Carrillo, el fundador del sanitarismo nacional/1*. Centro Editor de América Latina, 1988.
- ◊ Alzugaray, R.A. *Ramón Carrillo, el fundador del sanitarismo nacional/2*. Centro Editor de América Latina. 1988.
- ◊ Arnaiz M^a del Carmen; Chomnalez Patricia *Mujeres que trabajan 1930-1940*. Centro Editor de América Latina, 1984
- ◊ Balcedo, Antonio *Sindicalismo y Nación. Corregidor. 1999*
- ◊ Belloni, Alberto *Del Anarquismo al Peronismo*. Colección La Siringa, Editor A. Peña Lillo, 1960
- ◊ Calello, Osvaldo *Peronismo y bonapartismo (1843-1945)*, Centro Editor de América Latina, 1986.
- ◊ Cassal, Horacio *La Revolución del 43. la Historia Popular/vida y milagros de nuestro pueblo*. Centro Editor de América Latina
- ◊ Ceruti, Leónidas *Historia del 1º de Mayo en Rosario 1890-2000. La Comuna, 2002*
- ◊ Chaves, Gonzalo Leónidas *El 16 de junio de 1955. La masacre de Plaza de Mayo*, De la Campana, La Plata, 2003.
- ◊ Cichero, Daniel *Bombas sobre Buenos Aires*, Vergara, Bs. As., 2005.
- ◊ Coforti, Reinaldo *Historia de la clase trabajadora*. Editorial Baraga, 1987
- ◊ Cooke, Johh William, *Peronismo y revolución. El peronismo y el golpe de estado. Informe a las bases*, Granica, Bs. As., 1971.
- ◊ Cooke, Johh William y Perón, Juan Domingo *Correspondencia*, ed. Parlamento, Bs. As, 1983
- ◊ Del Campo, Hugo *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, CLCSO, Bs. As., 1983
- ◊ Fernandez, Miguel Angel *Gallardo, el canillita gobernador*. Meana, Resistencia, 2001
- ◊ Galasso, Norberto, *Perón Formación, ascenso y caída (1893-1955)*. Dos tomos, Grandes Biografías, Editorial Colihue, Bs. As., 2005.
- ◊ Gambini, Hugo *El 17 de Octubre . La Historia Popular/ vida y milagros de nuestro pueblo. Centro Editor de América Latina*.
- ◊ Gazzera, Miguel *17 de Octubre. Evolución del Movimiento Social*. Cuadernos del Cincuentenario 1945-1955. El Corregidor, 1997
- ◊ Godio, Julio *El Movimiento Obrero Argentino (1943-1955)*. Edit. Legasa, 1990
- ◊ Godio, Julio *Historia del movimiento obrero argentino. Dos tomos*, Ediciones Corregidor, Bs. As., 2000.
- ◊ Iñigo Carrera, Nicolás *La estrategia de la clase obrera -1936*. Ediciones Madres de Plaza de Mayo. 2004
- ◊ James, Daniel *Resistencia e Integración. El Peronismo y la clase trabajadora, 1946-1976*. Siglo Veintiuno, 2005.
- ◊ Jauretche, Arturo *FORJA y la década infame*. A. Peña Lillo, Bs As., 1974
- ◊ Jordan, Carlos M. *Los presos de Bragado*, CEAL, Bs. As., 1988
- ◊ López Trujillo, Fernando *Vidas en rojo y negro. Una historia del anarquismo en la "Década Infame"*, Letra Libre, La Plata, 2005
- ◊ Melendez Raquel, Néstor Monteagudo *Historia del movimiento obrero La Historia Popular/ vida y milagros de nuestro pueblo*. Centro Editor de América Latina. 1971
- ◊ Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Siglo Veintiuno, Bs. As., 1984
- ◊ Oddone, Jacinto *Historia del socialismo argentino*, CEAL, Bs. As., 1983
- ◊ Oddone, Jacinto *Gremialismo Proletario Argentino. Edit. La Vanguardia. 1949*
- ◊ Panella, Claudio *La Prensa y el peronismo. Crítica, conflicto, expropiación. Ediciones de Periodismo y Comunicación. 2001*
- ◊ Panettieri, José *Síntesis Histórica del Desarrollo Industrial Argentino*. Ediciones Macchi. 1969.
- ◊ Parcerro, Daniel *La CGT y el sindicalismo latinoamericano*.
- ◊ Pont Elena Susana *Partido Laborista: Estado y Sindicatos*. Centro Editor de América Latina, 1984
- ◊ Pontieri, Silverio *La Confederación General del Trabajo en su misión rectora de los trabajadores. Editorial Pirámide*.
- ◊ Rapaport, Mario *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Ediciones Macchi, 2000
- ◊ Reyes, Cipriano *Yo hice el 17 de octubre*, dos vol., CEAL, Bs. As., 1984
- ◊ Torre, Juan Carlos *Los sindicatos en el gobierno (1973-1976)*, CEAL, Bs. As., 1983
- ◊ Waskiewicz, Silvia Andrea *La masacre de Oberá, 1936*. Libros de la Memoria, Universidad Nac. de Misiones, 2002
- ◊ Zorrilla, Ruben *Estructura y dinámica del sindicalismo argentino*. La Pleyade, 1974.
- ◊ CTA *Las hojas de la memoria. Un siglo y medio de periodismo obrero y social en la Argentina*. Avellaneda, 2005



Conductores de carro en su local durante la huelga de 1911

Fascículos ya editados

- *Autoconciencia de Clase, Proyecto de Nueva Sociedad y Primer Intento (1850/1922)*. Segunda edición
- *Reconstrucción de nuestra fuerza y Primera Experiencia de Gobierno (1922/1955)*

Próximos fascículos

- *Resistencia, Recuperación del Gobierno y Revolución Trunca (1955/1975)*
- *Resistencia al Genocidio (1976-1982)*
- *Recuperación de las instituciones democráticas y crisis nacional e internacional de los proyectos de los trabajadores (1983-1989)*
- *Definición y construcción de un Nuevo Proyecto de Sociedad en lo político, económico, social y cultural (1989 hasta la actualidad)*

Otros títulos de la Editorial

. *La Marcha Grande. El río místico de la historia argentina*. Carlos Del Frade. 2010.

. *Historia de ATE. Tomos 1 y 2*. Daniel Parceroy Osvaldo Calello. 2008

. *Salta Montonera. La actuación política de los sectores populares en la provincia de Salta (1972-1976)*. Ramiro Escotorín. 2007.

. *Quagliaro. La vida de un rosarino en la historia del movimiento obrero*. Hugo Alberto Ojeda. 2006.

. *Las hojas de la memoria. Un siglo y medio de periodismo obrero en la Argentina*. Horacio González (Coordinador). 2005.

. *Nosotros, los trabajadores. Historia de la Central de los Trabajadores Argentinos (1991/1997)*. Carlos Del Frade. 2004.

Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quien la construyó?
En los libros figuran los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿Quién la volvió a construir otras tantas?
En qué casas de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron?
La noche en que fue terminada la muralla China,
¿A dónde fueron los albañiles?
Roma la grande está llena de arcos de triunfo.
¿Quién los erigió?
¿Sobre quienes triunfaron los césares?
Bizancio tan cantada, ¿tenía solo palacios para sus habitantes?
Hasta en la fabulosa Atlántida,
la noche en que el mar se la tragaba,
los habitantes clamaban pidiendo ayuda a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India. ¿él solo?
Cesar venció a los Galos
¿No llevaba consigo siquiera un cocinero?
Felipe II lloró al hundirse su flota
¿No lloró nadie más?
Felipe II venció la Guerra de los Siete Años.
¿quién la venció además? Una victoria en cada página.
¿quién cocinaba los banquetes de la victoria?
Un gran hombre cada diez años.
¿quién pagaba sus gastos?.
Una pregunta para cada historia.

Bertolt Brecht



central de trabajadores de la argentina

www.cta.org.ar